

¡KI-AI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

KIAI DE AMOR Y DE MUERTE

KI significa ENERGÍA VITAL, de la cual todos tenemos una reserva ilimitada, que sólo aparece en los momentos de gran peligro o necesidad.

AI significa ARMONÍA, y si juntamos esta palabra con KI, comprenderemos que KIAI signifique ENERGÍA VITAL ARMÓNICA. Es decir, la unión, con armonía, de nuestra energía vital con el universo; en suma, la FUERZA TOTAL, puesto que el Hombre forma parte de TODO.

El KIAI, silencioso o sonoro, es la expansión de nuestra ENERGÍA VITAL fuera de nosotros mismos. Es ENERGÍA y ARMONÍA. Y claro está, el Hombre está en su derecho de recurrir al KIAI cuando alguien pretenda destruir en él su propia energía y esa armonía que le une a todo el universo; incluso a sus enemigos: de otro modo, éstos no podrán recibir el impacto del KIAI.

Lo incomprensible es que el Hombre utilice su KIAI contra otros hombres, en lugar de hacerlo en provecho de su propio desarrollo en armonía con el universo y con los demás hombres. El Hombre obliga al hombre a la lucha, al enfrentamiento.

Y esto sí que es romper toda la armonía del universo.



Lou Carrigan

Kiai de amor y de muerte

Bolsilibros: KIAI - 1

ePub r1.1

xico_weno 14.09.15

Título original: *Kiai de amor y de muerte*
Lou Carrigan, 1977

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

INTRODUCCIÓN

KI significa ENERGÍA VITAL, de la cual todos tenemos una reserva ilimitada, que sólo aparece en los momentos de gran peligro o necesidad. Mientras tanto, especialmente en la raza occidental, esa energía vital suele permanecer ignorada, se desconoce su existencia, ni se nos ocurre que poseamos tan precioso don. Cada uno de nosotros, incluso el más débil, tiene su Ki, la gran fuerza interna que le ha sido dada con la vida para acceder al KI hay unas etapas intermedias que son realmente difíciles de realizar, igual como ocurre con la utilización pacífica de la energía nuclear. El SEITAI, o física coordenada, corresponde a esa utilización pacífica de nuestra energía vital; con el SEITAI aprendemos a regularizar nuestra energía, a controlarla adecuadamente, sin excesos ni penurias. No es fácil encontrar nuestro KI, y desde luego, la búsqueda debe emprenderse con confianza, calma y alegría, ya que cuando lo encontremos, habremos encontrado nuestro nexo de unión con todo el universo, del cual formamos parte y recibimos una grandiosa energía vital, que muy pocos sabemos aprovechar.

Correctamente concentrada y dirigida, esta energía puede convertirse en una corriente potente e irresistible, capaz de afrontar las más difíciles situaciones del ser humano. Cuando se alcanza el KI se ha alcanzado el gran objetivo del BUDO o camino que hay que seguir para acceder al verdadero espíritu de las Artes Marciales: ser un hombre cuyas naturales capacidades escondidas pueden aflorar para permitirle ser eficaz en todas las cosas, vivir libremente, realizarse al máximo, que es lo único que debe satisfacer al Hombre en su existencia. Nos hemos olvidado de que el hombre posee valores internos que superan con mucho a los valores externos, y por lo tanto, estamos cometiendo un error VITAL.

Desarrollar el KI debe ser el objetivo máximo de todos los que hayamos visto en la práctica de las Artes Marciales la única verdad

digna de ser tenida en cuenta: un gran beneficio físico, que finalmente, sin duda alguna, desembocará en un gran beneficio espiritual. Esto es lo que da valor a la Vida.

AI significa ARMONÍA, y si juntamos esta palabra con KI, comprenderemos que KIAI signifique ENERGÍA VITAL ARMÓNICA. Es decir, la unión, con armonía, de nuestra energía vital con el universo; en suma, la FUERZA TOTAL, puesto que el Hombre forma parte de TODO.

El KIAI, pues, es una manifestación de, nuestra energía, que hemos concentrado en el SAIKA-TANDEN, o parte inferior de nuestro vientre, que es donde está almacenada y nace la energía del ser humano. El KIAI más corriente, o quizá esté mejor dicho el KIAI más conocido vulgarmente, se manifiesta en forma de grito; en ocasiones, resulta espectacular, pero es, ante todo, un sonido inarticulado, poderoso, que sale directamente del vientre, liberando toda la energía que hemos concentrado para lanzarla hacia un objetivo. El KIAI verdaderamente poderoso, incluso puede llegar a conseguir una perturbación en los oídos de nuestro adversario, hasta el punto de provocarle una pérdida momentánea de equilibrio. Aún más: hay KIAI silencioso, para el cual se requiere una gran técnica y una enorme capacidad de concentración y poder. Considerando que el KIAI es la proyección de nuestra ENERGÍA TOTAL hacia él exterior, no tiene por qué ser acompañada del sonido, del aire: puede bastar nuestra fuerza o energía mental para hacer sentir al adversario nuestro KIAI. Esto no es exagerado en modo alguno: existen Maestros (*SENSEI*) cuyas lecciones tienden a localizar y propiciar en los alumnos el desarrollo de su KI, de su ENERGÍA VITAL, y el modo de obtener provecho de ella, proyectándola en su entorno.

Pero no confundamos el KIAI con un grito de guerra, con una manifestación agresiva. El KIAI, silencioso o sonoro, es la expansión de nuestra ENERGÍA VITAL fuera de nosotros mismos. Es ENERGÍA y ARMONÍA. Y claro está, el Hombre está en su derecho de recurrir al KIAI cuando alguien pretenda destruir en él su propia energía y esa armonía que le une a todo el universo; incluso a sus enemigos: de otro modo, éstos no podrán recibir el impacto del KIAI.

Lo incomprensible es que el Hombre utilice su KIAI contra otros hombres, en lugar de hacerlo en provecho de su propio desarrollo

en armonía con el universo y con los demás hombres. El Hombre obliga al hombre a la lucha, al enfrentamiento.

Y esto sí que es romper toda la armonía del universo.

CARRIGAN SHO DAN.

PARTE DEL FINAL

Allí todo era armonía.

De día, de noche, con nieve, con sol o lluvia, con vendaval o con bochorno, allí era siempre todo armonía.

Por la sencilla razón de que allí se respiraba paz. Todo era sencillo, todo era natural. Allí, nada sorprendía. No había un solo detalle en aquel lugar que estuviese fuera de lugar.

Predominaba el bambú en el extenso jardín. Pero también habían mandarinos, cerezos, flores; un estanque con hermosas carpas de bellísimos colores y que se podía cruzar por medio de un puentecillo de madera que se convertía en mirador del estanque. Había césped y piedras. Y hojas caídas, ya muertas, tostadas y arrugadas. Y hojas tiernas y nuevas en los árboles. Y algunos grandes abetos, que en invierno se llenaban de nieve…

Desde allí, se veía el Fujiyama, el cielo azul, la noche negra, las estrellas rutilantes, la noche sonriente, el sol radiante, los pájaros que visitaban el jardín y otros que pasaban de largo. Allí todo era armonía, porque todo seguía el curso natural de las cosas, sin molestias ni egoísmos, sin artificios ni maldades. Un pájaro podía ir al jardín del Maestro convencido de que nada le iba a ocurrir. Se podía ir allí a escuchar el silencio, o a escuchar el rumor del agua o el deslizarse del viento entre los bambúes, placer que el Hombre ya ha olvidado.

Allí todo era armonía porque la vida transcurría sin altibajos. A un sol, sucedía otro sol, a una luna, la luna siguiente. Y mientras tanto, nada había ocurrido… Nada malo. Pero cada día sucedía algo bueno, porque el Maestro así lo quería. Algo bueno podía ser: el abrirse de una nueva flor, el nacimiento de un pajarillo, la lluvia que lo refrescaba y lo vivificaba todo, el sol que calentaba el viejo cuerpo, la nieve que embellecía los abetos, el canto de un pájaro, el silencio de la Vida. A poco que uno se fijase, se daba cuenta de que

allí todo era armonía, todo era bueno, por la sencilla razón de que lo que hay en el mundo, todo, es de por sí bueno. El único gran azote de la Humanidad, las enfermedades, se las ha buscado el propio Hombre, ya que las enfermedades son solamente la consecuencia del desequilibrio orgánico, al que el Hombre llega por medio de desequilibrios emocionales producidos por cosas ajenas a la bondad, como pueden ser la codicia o la mentira, el odio o la envidia, la ansiedad o la ira… Si el Hombre fuese siempre Armonía, como debe ser, jamás estaría enfermo. Podía morir, por supuesto, pero no habría estado enfermo. ¿Alguien sabe de alguna estrella que haya estado enferma? Pues, del mismo modo, el Hombre, que es parte del Universo como la estrella, no estaría nunca enfermo, ni sufriría, si todo en él fuese la armonía del amor hacia todo.

Pedro Alarcón Salcedo acababa de llegar a la casa del Maestro, a cierta distancia de Tokio. Era un hermoso *ryokan* donde el viejo león, convertido finalmente en sabio, se había retirado a meditar. Pero no era la suya una meditación inútil, de las que se centran solamente en uno mismo, sino que las meditaciones de *Sensei* se convertían, luego, en hermosos frutos que proporcionarían un poco de armonía al mundo, o, al menos, a una pequeña parte del mundo. Pedro sabía esto muy bien, porque acababa de llegar de Europa, donde había cumplido uno de los deseos de su Maestro, de su *Sensei*. Hacía muy poco que había llegado a Tokio, e inmediatamente, se había trasladado a la casa del Maestro. Había llegado en silencio, como buen budoka, «alterando la paz y la armonía aún menos que el aleteo de un ruiseñor», como solía decir el Maestro…

Había llegado a la casa, donde parecía que no había nadie. En el cuarto de la entrada, se había quitado sus ropas occidentales, y había tomado uno de los kimonos negros que el Maestro tenía a disposición de sus visitantes. No era en modo alguno obligatorio ponerse uno de los kimonos negros para entrar en la casa del Maestro; pero éste se hallaba mucho más cómodo con kimono solamente que con cualquier otra ropa, y pensaba que quizá los demás también estarían más cómodos, así que les ofrecía sus kimonos negros.

Pedro Alarcón estaba mejor con kimono, sin lugar a dudas. Completamente desnudo, descalzo, y con el kimono cruzado ante su

pecho y sujeto por el negro cinturón, se sentía libre y ligero. Después de ataviado con el kimono, debía recoger del armarito la pequeña tablilla en la que, desde hacía años, estaba escrito su nombre y grado, en tinta negra: Alarcón San Dan. Esa tablilla era colocada en el vestíbulo de la casa, en uno de los ganchos preparados para tal fin. De este modo, si alguien visitaba al Maestro, sabía que con él estaba de visita, o quizá para una larga permanencia, Alarcón San Dan.

Después de colgada la tablilla, se podía entrar en la casa propiamente dicha. Si el Maestro estaba en ella, ya lo había oído llegar a uno. Si, como era más frecuente, estaba en el jardín, lo vería aparecer en éste.

Y así fue.

El Maestro estaba sentado en *zazen*, esto es, con las piernas dobladas bajo su cuerpo, en el porche de atrás de la casa, que daba al hermoso y amplio jardín, y pareció que no se hubiese enterado de la presencia de Alarcón, pero éste sabía que el Maestro estaba enterado de su visita hacía ya rato. Con los años, sorprendentemente, los sentidos del Maestro se habían agudizado. Y todo ello, por una razón que era de lo más convincente: los hombres ya no escuchan nada, salvo aquello que están esperando escuchar, como por ejemplo, el sonido del teléfono, el sonido del oro, el sonido de una voz de la que esperan mucho… Y así, se pierden el sonido de una flor cuando cae al agua, el zumbido de las alas de un pájaro mosca, el lejano rumor del viento, el grito de una gaviota, el canto de un pájaro, el llanto de un niño, la risa de otro hombre, la caída de la nieve, el viento entre los bambúes, y mil cosas más.

El Maestro no esperaba escuchar nada; simplemente, lo oía todo, porque nada determinado lo tenía en tensión o espera. Sin duda alguna, sus viejos tímpanos debían estar más atrofiados que los de un hombre de treinta años. Sin embargo, el Maestro oía más. Y aunque tuviese los ojos cerrados, también veía más. Veía la belleza de una flor, de una nube, de un grano de arroz, de un rostro, de un árbol, de un corazón… En tantos años de intensa vida, el Maestro había sabido aprender, y siempre estaba aprendiendo, lejos de él la idea necia de que ya sabía todo o lo suficiente.

Llevaba, como siempre, un kimono blanco. Tan blanco como sus cabellos. Y ahora, al verlo después de tanto tiempo, Pedro Alarcón

recordó de nuevo todo lo que había aprendido de aquel anciano, y sintió un nudo de garganta, y un estallido de gratitud en su pecho. Todo lo que hizo Pedro fue sentarse también en *zazen* en el porche, dispuesto a esperar que el Maestro se dignase dirigirle la palabra, iniciar la conversación.

Y el Maestro no le hizo esperar mucho. Abrió los ojos, y en ellos apareció una sonrisa, que llevó miles de arrugas más a su noble rostro.

—¿Has tenido buen viaje, Pedro? —preguntó en inglés.

—Sí, Maestro. Gracias.

—¿Yi Wao está mejor?

—Afortunadamente, así es, Maestro.

—Cuando regreses a Europa, llévale a Yi Wao mi afecto y mis deseos de total restablecimiento.

—Así lo haré. Maestro. Yo he conseguido algo de dinero para sus proyectos humanitarios, Maestro.

—Estoy al corriente de ello. Te envié a una misión en la que debías ganar para nuestra Kuro Arashi cien mil dólares, y entiendo que has conseguido trescientos mil; o más exactamente, los cien mil dólares, más un millón de francos.

—Así es, Maestro. He dejado el cheque en su mesita de té.

—¿Quieres un recibo?

—No, Maestro —rió francamente Pedro Alarcón.

—En ese caso, espero que acudas a la primera reunión anual que convocaré pronto entre mis discípulos de todo el mundo que irán ingresando en Kuro Arashi. Durante esa reunión, os presentaré a todos las cuentas del destino benéfico que daré al dinero que vosotros iréis ganando para mí. ¿Estás conforme?

—Naturalmente que sí, Maestro.

—Hemos estado tiempo sin vernos, ¿verdad?

—Desdichadamente para mí, he cometido ese error y esa ingratitud. No volverá a suceder, Maestro.

—Bueno, —*Sensei* volvió a mostrar en sus negrísimos ojos el brillo de la risa— pese al tiempo transcurrido, sé muy bien que tus rodillas, como buen occidental, no soportan largo tiempo la postura *zazen*, de modo que puedes sentarte como te encuentres más cómodo.

Pedro suspiró, y se sentó con las piernas cruzadas. Allí todo era

armonía, todo era verdad, todo era sinceridad y amor.

—Tengo entendido que has encontrado algo muy valioso para ti durante este trabajo para Kuro Arashi —musitó el Maestro.

—Así es. Maestro. Gracias a usted, que me envió a Francia.

—Sí, parece que estuve acertado. No siempre es fácil elegir el hombre adecuado en el momento adecuado. Me alegra mucho haber acertado.

—Maestro, yo… estaba al borde de la vergüenza cuando recibí la carta de usted. Eso me salvó. Usted estaba al corriente de mi vida disipada, ¿no es cierto?

—Algunas noticias habían llegado hasta mí —asintió ***Sensei***—, y me pareció que debía ayudarte. Si lo he conseguido, soy feliz.

—¿Y si no lo hubiese conseguido?

—También sería feliz, Pedro —sonrió el Maestro—, porque es estúpido no ser feliz.

—Hay cosas que impiden la felicidad, Maestro.

—No hay nada que impida la felicidad. Cada hombre vive la vida que le es permitido vivir, así que su infelicidad sólo existirá cuando se rebele contra esa vida en lugar de adaptarse a ella y extraerle toda la felicidad que sin duda contiene. ¿Serías feliz viviendo como un gusano?

—Pienso que no, Maestro.

—Sin embargo, el gusano es feliz, y posiblemente piensa que no sería feliz si tuviese que vivir como los hombres. ¿No te parece que la solución es vivir cada cual siendo lo que es? Y en ese caso, si eres hombre, si eres libre, si tienes todo el mundo bajo las plantas de tus pies, y el cielo sobre tu cabeza…, ¿no es estúpido no ser feliz?

—Procuraré no olvidar nunca esto, Maestro.

—Así lo espero. Dime: ¿recuerdas mi máxima del samurái, que os enseño en japonés a todos mis discípulos?

—Eso no lo olvidaré nunca, Maestro: «Ski man yori irite sei mon niiru…». Es decir: a través de la puerta de la Muerte, se llega a la de la Vida.

—Eso está bien —asintió el Maestro—. Pero mientras llega la Muerte, veamos qué podemos encontrar de bueno en esta vida. ¿Qué más cosas recuerdas de los samurái?

—Recuerdo, Maestro, las normas de Yamaga Soko que usted me enseñó.

—¿Las recuerdas bien?

—Sí, Maestro.

—Me gustaría recrear mis oídos oyéndolas.

—Primera: El samurái debe poseer una naturaleza innata de respeto por el derecho. Segunda: El samurái debe cumplir todas sus obligaciones sociales. Tercera: El samurái debe preocuparse adecuadamente de su cometido. Cuarta: El samurái debe conservar siempre un espíritu noble y elevado. Quinta: El samurái debe mantener una actitud generosa y tolerante.

—¿Has seguido siempre esas normas?

—Lo he procurado, Maestro.

—Según yo entiendo, has matado a bastantes personas, en Francia y en Italia.

Pedro Alarcón palideció, y bajó la mirada. No dijo nada. El silencio se fue prolongando, hasta que ***Sensei*** dejó oír de nuevo su voz:

—En ocasiones, yo también rompo el equilibrio de mi jardín, cuando uso insecticida que protege mis plantas de los bichitos. Debería permitir que los insectos viviesen como les corresponde, es decir, devorando las flores y plantas de mi jardín. Sin embargo, yo no soy un dios, sino solamente un hombre, así que reacciono como un hombre…

—Pero es usted el mejor de los hombres, Maestro.

—El mejor de los hombres no existe, Pedro. La naturaleza humana es demasiado frágil para alcanzar un estado de perfección continua. Hoy puedo ser bueno, pero… ¿lo seré también mañana? Si yo fuese el mejor de los hombres, no mataría los insectos de mi jardín. Pero —el Maestro suspiró— amo mis plantas. Las amo más que a los insectos. Por lo tanto, elimino a los insectos. Del mismo modo, para conservar lo máximo posible la armonía de la vida con amor, tú has tenido que eliminar a muchos hombres, buscando beneficiar aún a más hombres y mujeres que son más buenos que los que han muerto. No lloremos, pues, por la desaparición de los insectos, sino que gocemos de la existencia de las hermosas flores.

—Gracias. Maestro.

—Y hablando de hermosas flores —un destello de simpática malicia pasó por los ojos del anciano—, también tengo entendido que te has quedado con una para tu jardín privado.

—Sí, Maestro —sonrió abiertamente Pedro.

—Y me dicen que es una hermosa flor.

—Sí, Maestro. Pero aún lo será más cuando salga de la clínica donde la dejé instalada. Quiero decir que será más hermosa por fuera; por dentro, es imposible.

—Hermosas palabras. Sin embargo, deseo que tanto tú como tu flor de amor penséis para el resto de vuestras vidas que nunca es imposible mejorar. Hay que estar mejorando siempre, día a día.

—Pido disculpas por mi error. Y procuraremos mejorar día a día, hasta que la Muerte nos lleve a la verdadera Vida.

—Eso está mejor. ¿Tienes apetito?

—Por el momento, sólo de paz y de armonía. He venido a verle, Maestre, para explicarle personalmente todo lo sucedido en Europa desde que usted me envió el mensaje y, si me lo permite, para descansar y meditar aquí unos cuantos días, en su sabia compañía.

—Voy a agradecer mucho tu presencia, porque así podré hacerte algunas consultas.

—¿Consultarme usted a mí, Maestro? —exclamó Pedro Alarcón.

—¿Por qué no? Es posible que yo sepa mucho más que tú en judo, kendo, kyudo, karate, aikido, sumo… En cuanto a las Artes Marciales en sí, parece que puesto que soy más viejo que tú, debo saber más que tú, pero siempre habrá algo que tú sabrás y que yo ignoraré…

—Maestro… ¡Maestro, eso es imposible!

—¡Claro que no es imposible! Yo sé más que tú, pero no lo sé todo, ni tengo la exclusiva de los conocimientos… Me precio de haber formado miles de miles de budokas, algunos de los cuales, como tú, habéis sido especiales en mi mente y en mi corazón. Pero ¿me consideras tan mezquino como para no desear que, con el tiempo, mis alumnos lleguen a saber más que yo, para que sus discípulos sepan más que ellos? ¿Me consideras tan necio que no sepa aprender algo de los demás seres?

—No… —palideció Pedro—. ¡Claro que no, Maestro!

—Entonces, hijo mío —sonrió luminosamente *Sensei*—, quédate, sé bien venido y bien hallado. Quédate a compartir mi arroz y mi jardín, hasta que quieras, hasta que decidas regresar a Europa en busca de tu flor de amor. Y mientras tú compartes mi paz, mi armonía, mi jardín, mi arroz, mi cielo, mis estrellas, mi sol, mis

noches y mi vida, permíteme que yo comparta la sabiduría que hayas adquirido en tus pocos años de vida.

Pedro Alarcón Salcedo asintió, cerró los ojos y abrió su espíritu. Oía los pajarillos, el rumor del agua, su propio corazón… Y así, ya sumido en una gran paz, Pedro Alarcón pudo recordar, con serenidad, todo lo que había ocurrido…

CAPÍTULO PRIMERO

Ciertamente, era inevitable que las mujeres mirasen a Peter, y Sheila lo sabía. Peter era alto, viril, de cuerpo delgado y atlético, que se movía siempre con suavidad, como si Peter sintiese siempre un gran cansancio. Cuando Peter se sentaba, se veía ostensiblemente que estaba descansando… No, no era una tontería pensar esto, por la sencilla razón de que muchas personas, la mayoría, se sientan muchas veces, casi siempre, porque sí, o porque determinada actividad lo exige como postura correcta, tal como comer, o trabajar.

Peter casi nunca se sentaba, pero cuando lo hacía, recordaba al león en reposo; a esos leones de ojos amarillo-verdosos de pérfida mirada que parecen contemplar al mundo con una indiferencia total, o, si acaso, con cierta sorprendida curiosidad, e incluso con asombro.

Así podía definirse a Peter, sólo que sus ojos no eran de color amarillo-verdoso, sino negros. Dos extrañas piedras negras relucientes, como si dentro de ellas hubiese una luz lejana a la que jamás se pudiese llegar. Rostro seco y anguloso, boca delgada y hermética, barbilla recia, manos grandes, tan fuertes, tan extrañas, que Sheila Manning sentía casi siempre inexplicables estremecimientos cuando la acariciaban…

Pero, en definitiva, este modo de ver a Peter era algo muy íntimo para Sheila, sólo pensaba así cuando estaban solos, y casi sentía un… extraño temor hacia aquel hombre que sabía sentarse con la majestuosidad del león fatigado En las reuniones, en los momentos de trato normal, cuando estaban con otras personas, Peter se le aparecía como completamente normal. Y a fin de cuentas, no podía ser más normal, más educado, amable y hasta, en ocasiones, simpático.

Pero no aquella noche.

Aquella noche, el león se había sentado en la terraza del apartamento que poseía Sheila en Chelsea, Londres. Un apartamento amplísimo, elegante, lleno de objetos, muebles y cuadros del mejor gusto y del más alto precio. Todo muy normal, puesto que Sheila era millonaria, y podía permitirse prácticamente todos los lujos del mundo.

—¿No se encuentra bien Peter, querida? —Se acercó Lilian a preguntar a Sheila.

—¿Por qué preguntas eso? —Se sorprendió Sheila.

—Le veo ahí fuera, tan solo… Y, además, hace un frío espantoso en la terraza, supongo. Se va a resfriar.

Esta sugerencia dejó atónita a Sheila.

—Para evitar ese riesgo —sonrió Sheila— será mejor que lo traiga al redil.

Sheila salió a la terraza, cerrando tras ella. Y se estremeció, porque, en efecto, hacía un frío considerable. Un frío que pareció penetrar de súbito en su fina piel, abundantemente mostrada.

—Por Dios…, ¡qué frío hace aquí!

Peter volvió la cabeza, lentamente y sonrió. Acto seguido se puso en pie siempre cortés. Deslizó las yemas de dos dedos por un hombro de Sheila, y frunció amablemente el ceño.

—Vamos adentro, por favor. No me parece correcto que estés solo aquí fuera. Incluso pueden pensar que estamos enfadados, lo que me gustaría aún menos.

—En realidad, lo que más te gusta de mí, es lucirme. ¿No es así?

—Eres muy atractivo —sonrió Sheila.

—Gracias —sonrió de nuevo Peter—. Pero, además de atractivo, soy un cínico. ¿No estás de acuerdo?

—¿Por qué dices eso?

—Bueno… Tengo treinta y dos años, soy atractivo, puedo dedicarme a muchas cosas más o menos importantes o provechosas, y… ¿qué hago, en cambio? Pues me dispongo a casarme con una dama de cuarenta años que tiene tanto dinero que seguramente ni siquiera yo podría gastarlo todo. Digamos que… me he puesto a la venta… y he sido adquirido por el mejor postor: Sheila Manning. ¿No te parece que eso es ser un cínico y un vividor?

—No tienes por qué hablar así de ti mismo, Peter… ¿Era eso lo que estabas pensando?

—Claro que no —se sorprendió Peter—; simplemente, estaba mirando las estrellas. Pero tienes razón; debemos ir adentro, para que la gatita luzca a su precioso gatito adquirido en un bazar persa. Es de suponer que con tu buen gusto sabrás comprarme un lindo lazo y un precioso y musical cascabel.

—Me parece que te estás complicando la vida, Peter, querido. Y, además, te estás dando demasiada importancia a ti mismo, ya que, en efecto, eres sólo un lindo gatito que Sheila ha comprado. ¿Por qué no aceptas las cosas como son y sacas alegremente partido de ellas?

Peter volvió a fruncir el ceño, pero de aquel modo amable, y se pasó un dedo por la sien, muy pensativo.

—¿Sabes, querida? Me parece que tienes razón. Así que volvamos adentro divirtámonos y divirtamos a tus amigos; yo haré unas cuantas monerías, y todos estaremos contentos.

—¿Incluso tú?

—Naturalmente. ¿Acaso conoces algún gatito al que no le gusten los mimos y las atenciones? ¡Y hay tantas gatitas solícitas ahí dentro…!

—Ten cuidado con lo que haces —se envaró Sheila—; no son ellas quienes te han adquirido, Peter.

—¿Sabes…? He recorrido medio mundo buscando el lugar donde instalarme y hacer algo que valga la pena. Pero, a medida que viajaba, y por tanto iba gastando mi dinero, iba viendo tantas y tantas cosas que me desagradaban, que me dije que no valía la pena hacer nada de nada. Hace tanto tiempo que falto de casa, que he perdido la noción del tiempo, de mi vida misma. He aprendido tantas cosas, que ya no sé cuál de ellas es mejor o peor, buena o mala. Quería ser algo útil y hermoso, y me encuentro con que no siento deseos de serlo, pues a nadie le va a importar. ¿Dices que hace frío aquí afuera? Te diré algo, querida Sheila: es cierto. Sí, aquí hace frío; pero aún hace más frío en el Tibet… ¿Has estado alguna vez en el Tibet?

—No… —musitó Sheila—. No.

—Yo estuve… una corta temporada. Aprendí allí lo que es frío de cuarenta grados centígrados bajo cero. Y puedo asegurarte, mi querida Sheila —sonrió de pronto Peter—, que hace más frío dentro de tu apartamento, rodeado de tus amigos, que en las hermosas

montañas blancas donde estuve unos meses buscando mi camino.

—Me parece que estás algo loco, querido —rió Sheila, temblando ya de frío.

—Debo estarlo —admitió risueñamente Peter—. Bien, vamos a continuar la fiesta.

—¿No vas a besarme antes de entrar?

—Con muchísimo gusto, mi amor.

Y se inclinó hacia los labios de Sheila Manning, mientras la apretaba suavemente contra su pecho.

CAPÍTULO II

Sobre su pecho desnudo, el agua fría se deslizaba y rebotaba pulverizada, haciendo brillar la tostada piel, el negro vello abundante.

Eran más de las dos de la madrugada. La fiesta había terminado. Los invitados, los amigos de Sheila, se habían marchado del apartamento de Chelsea hacia las doce y media. Él se había marchado una hora más tarde, dejando todavía ronroneante a la gatita, confortablemente recogida en su mullido lecho de seda y de plumas. Cuando estuviesen casados, ya no importaría nada, podría quedarse allí, pero mientras tanto, él todavía prefería volver a la soledad del modestísimo apartamento, de elegante caballero arruinado, que había alquilado, tiempo atrás en Paddington.

Si Sheila lo hubiese visto en aquel momento, bajo la fina lluvia de agua fría, se abría desmayado del susto, seguro. Pero él, simplemente, estaba tomando una ducha. Una ducha que le limpiaba del olor a tabaco, a *whisky*, a besos, a salmón, a champaña, a mujeres… Le complacía pensarlo así, al menos.

Poco después, ya envuelto en el albornoz, regresó a la pequeña salita, se sentó en el viejo sofá, y encendió un cigarrillo. Fue entonces cuando recordó la correspondencia. Al llegar al portal había abierto el buzón, había recogido los sobres que habían dentro, y los había guardado en un bolsillo de la chaqueta, sin mirarlos.

No tenía ni pizca de sueño, ni, contrariamente a lo que se pudiera suponer, se sentía en absoluto fatigado. Así que decidió ver qué novedades aportaba a su vida la correspondencia. Pensamiento que siempre le parecía un chiste. ¿Qué novedades puede aportar, que sean dignas de este nombre, una carta, o dos, o cien? Las cartas traen noticias, casi siempre vulgares, pero nada más.

No tardó ni cinco segundos en comprender que estaba

equivocado, cuando vio aquella carta. Había sido depositada a mano en su buzón, es decir, directamente por un particular, no por empleados del servicio de Correos; no había ni nombre, ni dirección, ni sello… No había nada en la carta, excepto, en la solapa, una estrella negra dibujada. Una estrella de seis puntas, completamente negra, mostrando en blanco, bien contrastados, los huecos de dos ojos de extremos alzados, casi diabólicos, y el hueco de una boca de comisuras caídas, que inferían una mueca entre hosca y amarga, incluso irritada… Sí, el conjunto de la expresión de aquellos dos ojos y la hosca boca era de irritación, de disgusto.

—Kuro Arashi… —susurró Peter—. *Sensei*! (*Kuro Arashi y* Sensei *significan, en japonés, y respectivamente, Negra, Tempestad y Maestro*).

Estaba realmente impresionado, casi asustado. ¿Había estado el Maestro en Londres para dejarle aquella carta a él? ¿Era eso posible? No… No podía ser. El viejo Maestro debía continuar flotando dulcemente en la sabiduría de su larga vida, muy lejos de allí, en la soledad serena y llena de paz de su ryokan (*Ryokan: típica casa campestre de recreo japonesa; chalé; villa*) cerca de Tokio. Por lo tanto, no había sido él personalmente quien le había traído aquella carta. Algunos de sus amigos, o de sus hijos, o nietos…

Abrió el sobre, olvidado de todos los demás. Dentro del sobre, había un pasaje en avión Londres-Niza, con escala en París. Un cheque de cien mil francos a su nombre, contra la Banque Nationale, por supuesto cobrable en cualquier punto de Francia. Y unas cuantas páginas escritas a máquina, muy pulcramente, en inglés.

Veinte minutos más tarde, Peter había leído aquellas páginas, y estaba pálido. Sin embargo, las volvió a leer, despacio, sin la menor prisa. A él lo mismo le daba que fuesen las tres de la madrugada que las tres de la tarde. Terminada la segunda lectura, quemó las páginas sobre el cenicero, y tiró las cenizas al inodoro. Luego, siempre lentamente, con la seguridad de movimientos de quien ha tomado una decisión importante, se dedicó a hacer el equipaje. Poca cosa, ciertamente. Para ir por el mundo, los viajeros precisan muchas menos cosas de lo que todos creen.

Hacia las cinco y media de la mañana, lo había dejado todo ordenado, listo para abandonar Londres sin dejar deudas, ni rastro alguno, ni siquiera amigos… que nunca había tenido.

A las seis menos cuarto de la mañana, listo ya para abandonar el apartamento en dirección al aeropuerto, llamó por teléfono. El aparato estuvo sonando, sonando, sonando…, hasta que finalmente la llamada fue atendida.

—¿…?

—Buenos días, querida; soy yo.

—¡…!

—Peter, no, Pedro. Todo ha terminado; te llamo para decirte adiós.

—¿…?

—Si te digo adiós, querida, es que me voy, claro está —dijo amablemente Pedro.

—¿…?

—No pienso decírtelo. Sólo voy a decirte que te agradezco mucho tus atenciones, pero que alguien me ha proporcionado… un poco de luz en el momento oportuno. Te has quedado sin gatito, lo siento por ti. En realidad, no estaba muy seguro de que la… venta llegase a realizarse, pero me estaba dejando arrastrar por las sucias aguas del no ser, de la decepción, del egoísmo… ¡Gracias sean dadas al Maestro!

—¡…!

—No, no… —sonrió—. Te aseguro que no me he vuelto loco. Todo lo contrario: acabo de recibir una dosis tal de cordura que mi vida va a cambiar. He estado ciego y sordo. Se acabó. ¡Adiós, Sheila!

—¡…!

—Vamos, vamos, no seas dramática. Hay muchos gatitos por ahí que te agradecerán que les pongas el collar. Yo lo habría roto a dentelladas muy pronto, de modo que es mejor así. Tú también tendrías que estarle agradecida al Maestro.

—¡…!

—Sería demasiado largo de explicar. ¡Adiós, Sheila! Creo que no volveremos a vernos, querida. Pero si así fuese, por favor, no vuelvas a llamarme Peter. Ésa es otra de las cosas que me costaba digerir. Yo me llamo Pedro, no Peter. Pedro Alarcón Salcedo, y así será hasta el fin de mis días…, que quizá esté muy cercano. Por favor, no lo olvides; Pedro. Pedro, no Peter.

CAPÍTULO III

A las once horas y cincuenta minutos de aquel mismo día, Pedro Alarcón Salcedo (Pedro, no Peter) aterrizaba en el aeropuerto de Niza, a bordo de un formidable Caravelle de Air France que había tomado en Orly, el aeropuerto parisiense. En el mismo aeropuerto, almorzó, cerca de un ventanal donde daba de lleno el sol. El tiempo era diferente al de Londres. La vida era diferente a la de Londres. Algo había cambiado, algo iba a cambiar, y mucho.

Por el momento, y aunque no temía en absoluto al frío, había salido ganando el sol. Allá tenía, sobre él, cegador, sin nube alguna que lo ocultase, al astro rey, a la fuente de toda vida. Era un buen augurio.

Poco después de las tres de la tarde, Pedro Alarcón estaba instalado en un hotel nada menos que en la Promenade des Anglais, frente a la mismísima Baie des Anges, en Niza; desde la terraza, podía ver el mar, el paseo adornado con flores y palmeras. Allí, el invierno llegaba lentamente, y se iba lentamente…, tan discreto, que casi nadie se daba cuenta de que había pasado.

A las seis de la tarde, y por el momento utilizando todavía su propio dinero, reservándose el cheque de cien mil francos, Pedro Alarcón Salcedo se había comprado ropa, calzado, alquilado un coche y, al volante de éste, se hallaba ya camino de Villefranche Sur Mer, por la Cornisa Inferior, esto es, circulando muy cerca del mar. Un mar de tono azul no gris, como el de Inglaterra.

¿Cómo había ido él a parar a Londres, en definitiva? Ni siquiera lo recordaba con exactitud. No recordaba grandes cosas, porque había sido un estúpido, un cretino…

No tardó mucho en llegar a Villefranche Sur Mer. Es decir, ni siquiera tuvo que entrar en esta localidad, porque la villa estaba antes. Detuvo el coche a unos ochenta metros, y se quedó mirando lo que podía ver desde allí: altos plátanos cuyas hojas se estaban

tornando oscuras, agonizando; pronto comenzaría la caída de la hoja, como era de rigor en el otoño. También vio altos pinos, algunos castaños, y el colorido de algunas flores. Al fondo, apenas vislumbrada, como en pequeñas manchas blancas, la casa; la enorme y hermosa casa del sueco llamado Olaf Strom. Una casa rodeada de jardín… y de altas y puntiagudas verjas de hierro.

Tras una larga contemplación del lugar, Pedro condujo el coche hasta delante mismo de las verjas. Se apeó, y fue a tirar de la cadenita que había a un lado de las verjas de entrada. A los pocos segundos, por un lado de éstas, de una caseta de reducido tamaño apareció un hombre, que se acercó caminando lentamente, mirando con fijeza, casi con hostilidad, a Pedro.

—¿Qué desea? —preguntó secamente.

—Quisiera ver al señor Strom. Dígale…

—El señor Strom no recibe visitas.

—Lo sé. Pero le ruego que…

—Lárguese, si no quiere que le parta la cara. ¿Lo entiende ahora?

—Sí. Le ruego que me perdone.

Pedro dio la vuelta, regresó al coche y se alejó…, hasta un lugar donde pudo dejar el coche, fuera de la vista desde la villa de Olaf Strom. Lo cerró con llave, y regresó hacia la villa, pero no por la puerta grande, sino buscando la parte posterior. Allá habían unos castaños que parecían de bronce, reflejando la luz del sol, cada vez más rojo. Pedro flexionó las piernas, sin darles la menor importancia, y saltó, llegando al travesaño de las altas verjas, donde se asió con mano que no parecía menos fuerte que el propio hierro. Con un simple impulso pasó por encima de las puntas de lanza, y cayó al otro lado de las verjas, en silencio, salvo el lógico chasquido al caer desde tres metros y medio de altura.

Miró hacia la casa, y comenzó a caminar hacia ella, por entre castaños y abetos. ¡Qué jardín tan grande y enorme, qué variedad de…!

—¿Quién es usted? —Oyó la voz femenina—. ¿De dónde sale?

Pedro Alarcón se detuvo en seco, y volvió la cabeza hacia su izquierda. La persona que había hablado estaba allí, junto a un arbusto de flores…, de buganvillas que pronto estarían en flor. Era una muchacha; la más hermosa, dulce, radiante muchacha que

Pedro había visto en su vida. Estaba sentada en una silla de ruedas, con una manta sobre las piernas, y las manos sobre el regazo. Se mostraba un poco de perfil, como mirándole de soslayo, con graciosa altivez. Pedro sólo podía ver bien uno de sus ojos, pero era suficiente para captar el sorprendente colorido de color violeta claro, como una luz radiante en un cielo límpido. La boca era alargada, llena; la barbilla, redonda y fina, un tanto caprichosa. Los cabellos, de color ceniza, largos, lacios, como un adorno para una impresionante belleza virginal.

Por fin, Pedro consiguió dominar su impresión, y murmuró:

—Me llamo Pedro Alarcón. He estado antes en la puerta de entrada, pidiendo ver al señor Strom, pero como me han negado el paso, he saltado las verjas. ¿Sabe si el señor Strom está en la casa?

—Será mejor que se marche —dijo la muchacha—; por aquí hay varios hombres que se van a molestar mucho con usted si se enteran de lo que ha hecho.

—No se preocupe —sonrió Pedro, adelantándose hacia la muchacha—. Las personas hablando se…

Se calló, bruscamente. Consiguió mantener la inexpresividad en su rostro, pero dentro de él algo estalló. Algo violento y amargo, que lo dejó mudo de decepción y tristeza. No por él, sino por la muchacha de la cicatriz en la cara. Mejor dicho, las cicatrices. Había un pequeño entramado de ellas en la mejilla izquierda, desde la sien hasta el cuello; unas delgadas pero rojas y horrendas cicatrices de impresionante aspecto. Algo había pasado, algo terrible; pero al menos el ojo de aquel lado estaba a salvo, era tan hermoso como el otro; los dos ojos le parecieron a Pedro como sendos faros en la oscuridad…

—¿Iba usted a decir que las personas hablando se entienden, señor Alarcón? —preguntó irónicamente la muchacha.

—Así es.

—Bueno, pues dígame qué le parezco, para que yo le entienda. No puedo saber lo que piensa, pero sí lo sabré si hablamos… ¿No está de acuerdo?

—Sí. Me parece usted una hermosa muchacha con una fea cicatriz en la cara.

—Es usted muy sincero. ¿Le resulto horrible?

—No. Usted, no. Pero la cicatriz, sí.

—¡Ah! ¿Sabe usted que, además, estoy paralítica de ambas piernas?

—Lo siento de veras. Y me produce tristeza. De todos modos, todavía tiene sus ojos, y una boca bonita, y un cuerpo espléndido. Hay quien tiene menos que usted.

—¿Realmente se lo parece?

—Yo siempre digo lo que realmente me parece, señorita…

—Strom. Ulla Strom.

—¿Es usted hija del señor Olaf Strom?

—Sí.

Pedro frunció el ceño un instante.

—No sabía que tuviera una hija —musitó.

—¿Por qué había usted de saberlo?

—Porque he recibido ciertos informes sobre su padre, en el que se mencionaban muchas cosas…, pero no a usted. Y eso me sorprende.

—¿Le sorprende que en esos informes no se me mencionase?

—Me sorprende, y mucho. Y debo interpretar que esa omisión de su existencia debe tener un buen motivo.

—Posiblemente, mi existencia no tiene interés para nadie.

Pedro sonrió, y al mismo tiempo frunció el ceño. Cerca de la muchacha había una piedra rodeada de flores, y Pedro se sentó en ella, sin dejar de mirar a Ulla Strom.

—¿Sabe una cosa, señorita Strom? Hasta hace unas cuantas horas yo pensaba lo mismo que usted. Claro, estoy hablando de que nuestra vida, nuestra existencia, nuestra persona física, sea de auténtico interés para alguien, no sólo para utilizarnos como objetos más o menos bellos que…

—Usted sí es bello —musitó Ulla Strom.

—Gracias —amplió su sonrisa Pedro—. Sí, realmente, sé que soy un magnífico ejemplar del género masculino. Incluso resulto impresionante, ¿no le parece?

—Sí.

—Pese a esto, o quizá debido a esto, no he conseguido ser casi nunca tratado como a mí me gusta, o sea, con el respeto que merece mi interior, no mi exterior. Eso lo han hecho muy pocas personas. Y cuando estaba a punto de hundirme en los excrementos de la gran pocilga, una de esa personas, ahora pienso que la mejor, me ha

enviado un rayo de luz. ¿Me comprende usted?

—¿Qué es la gran pocilga? ¿A qué se refiere?

—¡Al mundo, naturalmente! —Se sorprendió Pedro—. Es una gigantesca pocilga que va engullendo a todos los seres humanos que no se vigilan a sí mismos. Si se dejan llevar por todos los sistemas de vida mecanizados, acaban hundiéndose en la mierda de la pocilga. Una mierda compuesta de hastío, envidias, odio, dinero, falso amor…

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? —preguntó con voz tensa Ulla Strom.

—¿He dicho algo que la haya molestado? Si es así, lo siento. Sólo trataba de explicarle que, en realidad, nuestra dicha está en nosotros mismos. Hace unas horas, yo había olvidado algunas cosas que aprendí. De pronto, recibo una carta muy larga y, después de leerla, lo comprendo todo, sé por qué estaba hundiéndome en el gran montón de excrementos de la gigantesca pocilga.

—¿Por qué se estaba hundiendo?

—Se lo estaba diciendo: vivía rodeado de hastío, envidias, odios, codicia, pasiones estúpidas de la carne, sonrisas que nada significaban, preocupaciones por tener esto o por no tener aquello… ¿Sabe lo que ocurría, realmente?

—¿Qué?

—Que sólo pensaba en mí y en toda la cantidad de bienes materiales que quería tener. No me daba cuenta, pero así era. Por el cielo, me estaba hundiendo en la mierda… ¡Me estaba hundiendo tanto, que sólo con un poco más ya me habría cubierto incluso la cabeza! Y de pronto recibo la carta, comprendo que hay cosas mejores, y mi vida cambia.

—¿De repente?

—Yo diría que sí. Pero le estoy hablando de mi vida interior, de mis ambiciones.

—¿Quiere decir que ya no ambiciona nada material?

—¡Caramba, no! —Rió Pedro—. Me siguen gustando los hermosos coches, las casas como la de usted, las hermosas mujeres, la buena comida, los vinos finos, los yates, el mar, la nieve, el sol, la vida… Me gusta todo, quizá incluso más que antes. Pero de pronto he comprendido que a los demás también les gusta todo, que tienen el mismo derecho que yo a disfrutar de ello, y que, simplemente, el

mundo no soy yo solo. No sabía qué hacer con mi vida, y de pronto alguien me hace comprender que puedo hacer algo muy hermoso con ella: ayudar a los demás. Puedo repartir mis pensamientos, no pensar ya sólo en mí. Y la posibilidad de ayudar a otras personas es maravillosa. ¿No está de acuerdo?

—¿A quién va a ayudar usted?

—A cualquiera que me necesite, de aquí en adelante. Pero voy a empezar por su padre.

—¿Mi padre necesita ayuda?

—Así es.

—¿De dónde ha sacado usted esa tontería? Mi padre es muy rico, tiene todo lo que quiere, y lo que no tiene, lo compra. Me pregunto en qué puede usted ayudar a mi padre, francamente.

—Encontraremos el medio. También me gustaría poder ayudarla a usted.

—A mí aún puede ayudarme menos que a mi padre.

—¿Cómo puede asegurar eso? Dígame, ¿qué le ocurrió?

—Tuve un accidente de coche.

—Entiendo. ¿Y eso es todo?

—¿Qué quiere decir? —Palideció Ulla Strom.

—Dentro de usted hay otro accidente. ¿De qué se trata?

Ulla se quedó mirando fijamente a Pedro, que sonrió de aquel modo especial, frunciendo el ceño. En los ojos color violeta de la muchacha los negrísimos ojos del español parecían dos lejanos puntos de interminable profundidad.

—¿No quiere contestarme? —preguntó Pedro.

—No. No le interesa a usted.

—Pero he acertado, ¿no es así?

—Márchese… ¡Márchese de aquí, déjeme en paz!

—Qué tarde tan hermosa de otoño, ¿no le parece? El día ha sido tibio, soleado; dentro de poco, llegará la fresca noche, y con ella irán apareciendo las estrellas; muy pronto, las hojas de los árboles comenzarán a caer, y el suelo tendrá una alfombra roja… Hay quien podría decirme que las hojas mueren, que los pobres árboles quedan fríos y desnudos, pero pensemos que gracias a eso podemos ver más espacio de cielo azul, limpio, lleno de luz… o de estrellas. ¿Le gustan a usted las estrellas, señorita Strom?

—¡Márchese! ¡Quiero que se marche!

—Estoy seguro de que sí le gustan las estrellas. ¿Sabe, señorita Strom? ¡Usted tiene una gran suerte, porque hay personas que no pueden ver las estrellas! Sus ojos no pueden…

El rumor de pasos y de voces se oía ahora claramente. El ruido de pies, era ya inconfundible en el sendero que llegaba hasta el recóndito lugar desde la casa… Pedro Alarcón se puso en pie, y vio a los dos hombres que llegaban corriendo. Llegaron en pocos segundos, y se quedaron mirando, pálidos de ira y de asombro, a Pedro, mientras le apuntaban con sendas pistolas. Por detrás de ellos, desde otra dirección, llegaba otro hombre, al que Pedro identificó en el acto cuando llegó: el tipo de las verjas que no le había permitido entrar. También tenía una pistola en la mano. Miró a Ulla, que estaba pálida, y de nuevo a Pedro.

—De modo que es usted un tipo listo, ¿eh? —jadeó—. Pues va a lamentarlo, amigo… Michel, Robert; ved si lleva armas. ¿Está usted bien, señorita Strom?

Ulla Strom dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin contestar. Pedro sonrió, mientras alzaba las manos hasta la altura de los hombros. Fue sometido al cacheo, mientras seguía contemplando a Ulla.

—No lleva nada. Gilles. Seguro.

—Está bien… —Gilles se colocó delante de Pedro, apuntándole al centro de la cara con la pistola—. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Me llamo Pedro Alarcón, y ya le dije antes que quería ver al señor Strom.

—Y yo le dije que el señor Strom no recibía visitas. ¿No fue así?

—Sí. Pero me he permitido insistir a mi manera porque…

—¿A su manera? ¡Está bien, pues ésta es mi manera de tratar a tipos como usted!

Gilles bajó la mano armada con la pistola, alzó el codo, de modo que la culata de la pistola quedó apuntando hacia el estómago de Pedro, y golpeó, secamente. Sabía muy bien cómo hacerlo…, pero no sabía que Pedro sabía cosas que él ignoraba; como, por ejemplo, convertir la musculatura abdominal en una increíble coraza protectora. De modo que el golpe resonó, pero Pedro ni siquiera se movió. Gilles lanzó una exclamación de asombro, y volvió a golpear… Esta vez, Pedro se limitó a desaparecer de delante de él,

en impecable taisabaki, es decir, moviéndose en el momento justo, sin prisas, con suavidad, dejando pasar la corriente de fuerza enemiga; giró sobre un pie, como una puerta que se abre, y Gilles, llevado por el impulso del golpe, estuvo a punto de caer de rodillas ante Pedro, que ahora estaba de lado. Al mismo tiempo que Gilles lanzaba una maldición que estremeció a Ulla, Robert y Michel, fruncido el ceño, se acercaban a Pedro, y el primero le descargaba un golpe con la pistola en la cabeza… Es decir, lo intentaba, porque Pedro volvió a hacer taisabaki, y Robert cayó de rodillas, pues llevaba más impulso que antes Gilles.

—¡La p… que te parió! —exclamó—. ¡Sujetadlo! ¡Le voy a…!

—¡Ya basta! —gritó Ulla—. ¡Ya basta, déjenlo en paz!

Pedro, la miró, amablemente, y luego dirigió su apacible mirada a Gilles y Michel; finalmente, a Robert, que se había puesto en pie y le contemplaba con ojos llameantes.

—He dicho que lo sujetéis. Este hijo de…

—¡Y yo he dicho que basta! —ordenó de nuevo Ulla—. ¡Lleven al señor Alarcón a presencia de mi padre! Eso es todo.

—Pero, señorita Strom, este sujeto quizá pretenda…

—¡Usted no tiene que discutir conmigo! ¡Sólo obedezca!

—Sí, señorita Strom —masculló Robert; dirigió una centelleante mirada a Pedro—. Usted, venga con nosotros.

—Gracias. Y gracias a usted, señorita Strom. Espero que volvamos a vernos.

—Yo no lo espero. Ni lo deseo. ¡Adiós, señor Alarcón!

CAPÍTULO IV

—¿Le conozco a usted de algo, señor Alarcón? —preguntó Olaf Strom que, como su hija, hablaba correctísimamente el francés.

—No creo —sonrió Pedro.

El sueco afincado en Francia parpadeó. Estaba de pie tras su mesa, contemplando con asombro y desconcierto a Pedro, que estaba ante él, al otro lado de la mesa; detrás de Pedro los tres irritados vigilantes de la villa, contemplándole hoscamente. En cierto modo, Pedro se sentía divertido. Olaf Strom era un hombre alto, muy rubio, un poco calvo, grueso, de color sanísimo de sol, elegante. Debía tener algo menos de cincuenta años. Sus ojos eran muy claros, vivos, inteligentes. Alrededor de Olaf Strom, todo evidenciaba buen gusto y riqueza, empezando por el vestíbulo de la casa, pasando por el despacho… y terminando por su hija, Ulla Strom, que pese a no estar viéndola en aquel momento, a Pedro le parecía la más radiante belleza de la villa.

—Quizá no le haya entendido bien… —musitó Olaf Strom—. ¿Ha dicho usted que ha venido, aquí para ayudarme?

—Sí.

—Ayudarme, ¿a qué?

—¿No está usted en ningún apuro, señor Strom?

Olaf se pasó la lengua por los labios, miró a sus empleados de seguridad, de nuevo a Pedro… Y otra vez a sus empleados.

—Está bien, Gilles, gracias. Pueden retirarse los tres.

—Pero, señor Strom… —comenzó a protestar Robert.

—El señor Alarcón está desarmado. Y, de todos modos, no me parece que haya venido aquí a perjudicarme.

—Todo lo contrario —aseguró Pedro.

No había nada que discutir, así que los tres vigilantes abandonaron el despacho. Olaf salió de detrás de su mesa, fue hacia la puerta y acabó de cerrarla. Luego, señaló un sillón a Pedro, que

se dejó caer en él, con un gesto suave, felino. Olaf Strom le contemplaba, desconcertado.

—¿Qué sabe usted de mis apuros? —murmuró.

—Empezando por el principio, señor Strom, digamos que tiene usted una fábrica de… perfumes. ¿Cierto?

—Eso lo sabe todo el mundo. Cierto.

—Una fábrica de perfumes es, en cierto modo, una fábrica de productos químicos. ¿Cierto?

—En cierto modo. Cierto.

—Y alguien le ha amenazado a usted con determinadas… represalias si no accede a poner a su disposición su fábrica de perfumes a fin de fabricar en ella determinado producto químico. Es decir, que unas personas quieren que usted les permita utilizar las instalaciones de su fábrica para fabricar algo que a usted le da mala espina. ¿Cierto?

—Cierto.

—Y ese algo es un gas. Un gas cuya fórmula se niegan a facilitarle a usted; simplemente, quieren utilizar su fábrica. Si usted no accede antes de determinada fecha, que me parece que es precisamente hoy, usted y su hija van a estar en dificultades. ¿Cierto?

—No creo que mis dificultades sean muchas, señor Alarcón. Como habrá visto, se protegerme.

—¿Se refiere a esos pobres muchachos?

—¿Pobres muchachos? —Strom sonrió, de pronto—. Es usted verdaderamente curioso, señor Alarcón; esos pobres muchachos fueron contratados hace unos días entre la flor y nata de los guardaespaldas, en la mismísima París.

—Yo los defino como… medicamentos.

—No comprendo.

—Sus empleados Gilles, Robert y Michel, y los que pueda contratar de ese estilo, son como medicamentos; efectivamente, en general suelen curar las enfermedades, pero, señor Strom, mientras usted se vea obligado a utilizar medicamentos, quiere decir que está enfermo… ¿Y no le parece mejor estar sano y poder prescindir de los medicamentos? Dicho de otro modo: ¿no le parece mejor exterminar definitivamente la enfermedad que mantenerla siempre en incubación con medicamentos… que a la larga dejarían de surtir

sus efectos, debido a la saturación de su organismo?

—Usted está hablando de eliminar el peligro en lugar de limitarme a protegerme de él.

—Exactamente.

—¿Y usted pretende eliminar ese peligro?

—Ésa es mi intención, si usted me lo permite. Para ello, claro está, preciso que me diga quién le está presionando. Del resto, me encargaré yo.

—No sé quién me está presionando, exactamente. Hasta ahora, todo han sido llamadas telefónicas, y un par de tropiezos con un hombre al que no podría identificar. Todo amenazas. Y, en efecto, hoy debo dar mi respuesta definitiva.

—A juzgar por sus precauciones, interpreto que esa respuesta va a ser negativa.

—En efecto. No estoy dispuesto a que mi fábrica sea utilizada para fabricar cosas que me temo serían peligrosas, y usadas… de modo poco legal. Señor Alarcón, ¿no será usted un enviado de alto rango de esas personas que pretenden utilizar mi fábrica?

—Le aseguro que no —sonrió Pedro.

—Entonces…, ¿cómo está enterado usted de esto?

—Estoy enterado, incluso, de que usted sospecha que esa gente pretende fabricar un gas de efectos mortales, pero… digamos, un tanto retorcidos. Algo así como una epidemia. ¿Cierto?

—¿Quién es usted? —Palideció Strom—. ¿Cómo puede saber estas cosas? Solamente las he comentado con mi hija, que yo sepa. Y estoy seguro de que Ulla no…

—Su hija no me ha dicho nada sobre eso. Tengo mi propio sistema de información.

—Pero… ¿qué le importa a usted todo esto? ¿De dónde sale, qué es lo que quiere exactamente?

—Quiero dos cosas. Primera: evitar que ese gas epidémico pueda ser fabricado, ya sea hoy y en su fábrica, o en el futuro en otra cualquiera. Segunda: quiero que cuando haya conseguido eso, usted me pague cien mil dólares.

—¿Ése es el precio de sus servicios? —Sonrió fríamente Olaf Strom.

—Mis servicios son gratuitos, señor Strom. Sin embargo, como he estado haciendo el estúpido por el mundo, gastándome una

pequeña fortuna, me veo precisado a aceptar dinero para atender los gastos.

—¿No son muchos gastos cien mil dólares?

—Los gastos ya han sido pagados. Y, seguramente, sobrará algo. Los cien mil dólares no son para mí, sino para mi Maestro, quien, a su vez, sabrá darles un destino digno de todos los respetos.

—¿Su maestro? ¿A quién se refiere?

—Hay un hombre, al que vamos a llamar simplemente Maestro, y que dirige una especie de… agrupación llamada Kuro Arashi, que está decidido a velar para que el mundo vaya un poco mejor. Es tan inteligente, tan sabio, que hasta ha encontrado el modo de sacar partido de un pobre cretino como yo, que estaba naufragando en la estupidez y la inutilidad. Voy a decirle, señor Strom, que si alguna vez recibe usted una misiva cuya firma sea una estrella negra de seis puntas con los ojos y la boca en blanco mostrando una expresión de mala uva, piense en Kuro Arashi, y se limite a obedecer siempre al pie de la letra lo que se le indique en esa misiva.

—Usted debe estar bromeando —sonrió de lado Olaf Strom.

—No —sonrió Pedro—. Soy generalmente simpático, pero en ocasiones hablo muy en serio.

—Pero… no comprendo. Si usted no va a ganar nada. Si el dinero que yo pueda pagarle ya tiene destinatario…, ¿qué gana usted en esto?

—Mi propia estimación. Y la satisfacción de haber sido útil a mi Maestro. ¡Dios…! —Pedro movió la cabeza con gesto de pesar—. ¿Cómo pude olvidarlo? Estuve con él más de tres años, en Japón… Me enseñó tantas cosas en ese tiempo que todo lo que sabía yo de antes parecían tonterías. ¿Cuál fue mi agradecimiento? Casi olvidarle, recordar apenas al hombre que me había enseñado tanto… Y de pronto, recibo la prueba de que él nunca me ha olvidado a mí. Señor Strom, me siento avergonzado con mi *Sensei,* y me siento avergonzado ante mí mismo. Y me pregunto qué clase de estúpida vida pudo conseguir que comenzase a olvidar el DO y el BUSHIDO. Le ruego que me permita ayudarle.

Olaf Strom, que escuchaba boquiabierto a Pedro Alarcón, sacudió la cabeza y exclamó:

—¡Debo estar soñando! ¿Usted me ruega que acepte su ayuda?

—Así es.

—Pero… ¿qué clase de ayuda? ¿Qué puede usted hacer? ¡Ni siquiera sé lo que tengo que hacer yo…!

—Hay alguien que pretende fabricar un gas epidémico, ya sea en su fábrica, o en otra; debemos entender que piensa provocar una determinada epidemia en alguna parte del mundo, ¿no está de acuerdo?

—Sí… Sí, desde luego.

—Bueno —la boca de Pedro Alarcón semejó, de pronto, como un cepo de acero—: yo le cortaré la cabeza a quien intente eso.

—¿Le…, le…?

—Le cortaré la cabeza. Y no hablo en sentido figurado.

—Señor Alarcón… —Strom se pasó una mano por la frente—. Mire, señor Alarcón, no quiero parecerle… desagradecido, o egoísta…

—Está siendo egoísta, señor Strom. Como yo mismo hasta hace menos de veinticuatro horas. ¿Qué pierde usted permitiendo que yo le ayude?

—Ya tengo protección…

—No tiene usted nada. Sólo medicamentos, ya se lo he dicho. Déjeme que sea yo quien termine con esa enfermedad, con esa… epidemia que se está incubando en alguna parte.

—¡Pero es que no sé qué tengo que hacer, ni qué puede usted hacer, ni cómo…!

—Acépteme como huésped y esperemos los acontecimientos, eso es todo.

—¿Quiere usted alojarse en mi casa?

—Me parece conveniente.

—Pero… Escuche, señor Alarcón, ni siquiera tiene usted armas, así que no veo cómo… ¿De qué se ríe?

—¿Realmente piensa usted que no tengo armas, señor Strom?

—Bueno, ellos han dicho que…

—Esas armas son muy relativas —rechazó desdeñosamente el español—. Y fáciles de perder. Las mías nunca se pierden, siempre están conmigo, a mi alcance.

—¿Qué…, qué armas…? ¿A qué armas se refiere usted?

—Mis manos, señor Strom. Yo no necesito más armas que éstas. De todos modos, considerando siempre diversas posibilidades, mi

Maestro tuvo el buen sentido de enseñarme algunas pequeñas cosas más que quizá puedan serme útiles. ¿Sabe usted lo que es una katana?

—No… No.

Pedro Alarcón movió pesarosamente la cabeza.

—Bien, señor Strom, ¿qué contesta a mi petición?

—Mire, señor Alarcón, creo que estamos sacando un poco de quicio las cosas. Yo agradezco mucho todo su interés, se lo aseguro, pero me parece que es mejor que… me deje usted su número de teléfono, y le avisaré si llego a necesitarle.

Pedro Alarcón estuvo unos segundos mirando atentamente a Olaf Strom. De pronto, asintió, se acercó a la mesa, anotó algo en un papel y lo dejó sobre la caja de cigarrillos, de oro y nácar, con música.

—Estoy en el Hotel des Anges, señor Strom. Buenas tardes… ¡Oh, perdone…! Una última pregunta. ¿Qué le ocurrió exactamente a su hija?

—Tuvo un accidente.

—Eso se ve a simple vista. Mi pregunta pretende llegar más al fondo y recibir una respuesta más profunda. ¿Qué le pasó por dentro?

Olaf Strom estaba lívido. Apretó un timbre que había en una esquina de la mesa, y permaneció en silencio. A los pocos segundos, la puerta se abrió, y apareció el mayordomo… Un chino impecablemente vestido.

—Acompañe al caballero a la puerta, por favor —pidió con voz tensa Olaf Strom—. Luego, vuelva aquí.

El mayordomo asintió, en silencio. Pedro Alarcón salió del despacho y se dirigió hacia la puerta de la casa.

Cuando llegaron ante ésta, el chino la abrió y sonrió levemente.

—¡Adiós, señor Alarcón!

—¡Adiós, Yi Wao! No te descuides.

El español abandonó la casa, y Yi Wao regresó al despacho, donde Strom esperaba, fruncido el ceño, pensativo.

—¿Desea alguna cosa, señor?

—¡Ah, sí…! Dígame. Yi, ¿usted sabe lo que quiere decir katana?

—Es una palabra japonesa, no china, señor Strom. De todos modos, sé que significa sable o espada.

—¿Quizá sabría, también, lo que significa DO y BUSHIDO?

—Sí, señor… También son palabras japonesas. DO significa la capacidad y el buen juicio para saber encontrar y seguir el camino correcto en la vida. En cuanto a BUSHIDO… Bueno, en japonés, bu significa guerra, y shi, significa hombre cultivado, cualidad que se suponía debía tener un samurái… Digamos que BUSHIDO es el Código del Guerrero. El Código de Honor. Un honor indestructible, señor.

—Ya. Muchas gracias, Yi. Puede retirarse.

—¿Ha sido el caballero que acabo de acompañar quién le ha hablado de estas cosas, señor, si me permite la pregunta?

—Así es. ¿Por qué?

—Debe ser un budoka.

—¿Un qué?

—Un budoka. Se llama budoka al practicante de las Artes Marciales. Ya sabe usted, señor; kendo, judo, karate, kyudo… Cosas de ésas.

—¿Quiere decir que ese hombre conoce alguna de esas luchas orientales?

—O varias. Con los budokas nunca se sabe lo que son capaces de hacer hasta que lo hacen. No suelen ser gente que van por ahí alardeando de sus conocimientos; simplemente, cuando llega el momento, los utilizan.

—¿Le ha parecido que ese caballero, el señor Alarcón…, es un hombre peligroso, Yi?

—Lo más peligroso que tienen los budokas, señor, es que nunca parecen peligrosos. Por eso, cuándo un hombre sea amable con usted y le sonría, sonríale también. Siempre será mejor eso que hacerle perder la paciencia con malos modales… y que resulte ser un budoka.

—Pero… ¿qué clase de gente son los budokas? Quiero decir, ¿son personas especiales, de determinada casta, o de algún clan, o forman bandas que…?

—¡De ninguna manera, señor! Cualquiera puede ser budoka; usted, yo, su hija, el jardinero, el director de su fábrica, el hombre que barre el almacén… Eso está al alcance de todos hoy en día, ya que tanto en Europa, como en América, incluso en África, se están extendiendo las Artes Marciales. Pero, señor, no confunda usted los

conocimientos de las Artes Marciales con la capacidad para ser un budoka: eso, ser budoka, está en la mente, no en los conocimientos para matar. El budoka, tiene DO. Los que no tienen DO, sólo son luchadores. Es como si a un gorila se le enseñase a luchar, señor, si me permite la comparación. Imagínese, con la fuerza que tiene un gorila, si además se le enseñaban algunos… trucos, como dice la gente. Sería terrible, ya que el gorila no sabría controlarse, ni discernir entre lo malo y lo bueno. El budoka sí sabe, señor.

—Creo que le entiendo… ¿Significa eso que debo confiar en un hombre como el señor Alarcón?

—Yo siempre confiaría en un auténtico budoka, señor.

—Entiendo, sí. Gracias, Yi. ¡Ah, Yi! —Sonrió de pronto Olaf Strom—, ¿no será usted un budoka, supongo?

—¡Qué ocurrencias tan divertidas tiene, señor! —Sonrió a su vez Yi Wao.

—Eso no contesta a mi pregunta.

Yi Wao se disponía a contestar cuando de pronto se abrió la puerta del despacho y apareció Ulla Strom, accionando las ruedas de su sillón. Olaf Strom hizo una seña al mayordomo, que éste interpretó adecuadamente, y tras ayudar a entrar a la muchacha, el discretísimo chino se retiró, cerrando la puerta tras él.

—Papá —preguntó en seguida y directamente Ulla—, ¿qué clase de ayuda era la que venía a otorgarte el señor Alarcón?

—El señor Alarcón, querida, es solamente un personaje pintoresco y casi divertido.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—No es ésa la opinión que yo he obtenido de él. ¿Cuál es el apuro en que te encuentras?

—Pero, querida —sonrió Strom—, ¿acaso vas a dar más crédito al señor Alarcón que a mí?

—A él no le había visto nunca, pero sé que no me mentía. A ti te conozco de toda la vida, y sé que en este momento me estás engañando, papá. ¿Qué es lo que ocurre?

—Deberías despreocuparte de esta clase de asuntos, Ulla, y pensar solamente en ti y en tu recuperación total. ¿Sabes que el señor Alarcón se ha dado cuenta de que estás peor por dentro que por fuera?

—No quiero hablar de eso, papá —palideció la muchacha—.

Quiero que me digas lo que está ocurriendo que ha despertado el interés y la generosa oferta del señor Alarcón.

—Está bien —suspiró resignado Strom—. Ocurre que unos individuos, que no sé quiénes son, pretenden utilizar nuestra fábrica para producir en ella una especie de gas que, por algunos pequeños datos que oí, podría ser algo así como un virus epidémico de consecuencias que no conozco. Pero, desde luego, cualquier cosa que sea epidemia sabemos que no puede ser bueno. El señor Alarcón, no sé cómo, se ha enterado de esta circunstancia, y se ha presentado aquí para ayudarme. Al parecer, un maestro suyo de no sé qué…

Olaf Strom acabó de explicar a su hija la conversación con Pedro Alarcón y las cosas que había sabido hacía pocos minutos respecto a los budokas por medio del mayordomo Yi Wao. Cuando terminó, Ulla quedó pensativa y, por fin, tras parpadear, se quedó mirando fijamente al suelo y musitó:

—¿Y por qué no aceptas que el señor Alarcón se quede con nosotros?

—¿Te gustaría eso? —exclamó Olaf.

—Sí… Creo que sí, papá.

—Si ése es tu deseo, querida, voy a llamar inmediatamente al señor Alarcón al Hotel des Anges para decirla que puede venir a instalarse aquí cuando guste.

Strom se puso en pie y se acercó a la mesa. Estaba a punto de descolgar el auricular cuando el teléfono emitió el primer timbrazo. Ni siquiera llegó a terminar, pues Strom atendió la llamada en el acto.

—Sí, diga…

—…

—En efecto. Ésta es la casa de Olaf Strom. ¿Qué desea?

—…

—Yo soy el propio Strom. ¿Quién es usted?

—…

—¡Ah, sí, entiendo! Bien…, ¿qué es lo que tiene que decirme?

—…

—¿Soy yo quien tiene que decírselo a usted? De acuerdo. Mi respuesta sigue siendo negativa.

—…

—Por supuesto que lo he pensado bien. Pensarlo mal sería acceder a sus deseos. Si eso es todo lo que tenemos que decirnos, la conversación ha terminado.

—…

—No me asustan sus amenazas. Y si quiere un buen consejo, será mejor que no se acerque usted ni a mí, ni a mi familia, ni a mi casa.

Dicho esto, Olaf Strom colgó, con seco golpe, el auricular. Se volvió a mirar a su hija, que le contemplaba fijamente, y tras hacer un gesto desdeñoso volvió a descolgar el auricular… Con él en la mano, utilizó la otra para colocar bien visible el teléfono que le había dejado apuntado Pedro Alarcón en un papel. Marcó el número, y a los pocos segundos obtenía respuesta.

—¿…?

—¿Hotel des Anges? Quisiera dejar un recado para el señor Pedro Alarcón. Ha estado en mi casa hace unos minutos, de modo que aún no habrá llegado al hotel. Por favor, dígale de parte de Olaf Strom que tendré mucho gusto en tenerlo como invitado en mi casa.

—…

—Exactamente Sí, eso es. Muchas gracias.

CAPÍTULO V

—Ha sido una cena excelente —murmuró Pedro Alarcón—. El café también ha sido excelente… Y no digamos este auténtico coñac francés. La verdad es que no puedo quejarme de su hospitalidad, señor Strom.

—Supongo —intentó bromear Olaf Strom que debo ser lo más amable y generoso posible con el hombre que se ha ofrecido a salvaguardar mi vida y mis propiedades.

—Por cien mil francos —recordó Pedro alzando un dedo.

—Los cien mil francos, señor Alarcón, no tienen la menor importancia. Y menos aún si, como entiendo, su maestro piensa dedicarlos a obras que realmente valen la pena.

—De eso puede usted estar completamente seguro, señor Strom.

—Pues no se preocupe, que los cobrará usted. Siempre y cuando, realmente, resuelva mi problema. Un problema que no me parece fácil de solucionar instalándose en mi casa y dedicándose a descansar cómodamente.

—El descanso, señor Strom, es fuente de toda energía —sonrió Pedro—. Los que mejor saben descansar son los que mejor saben trabajar. Ésta es una cosa que aprendí en… ¡Oh! Ahí tenemos a nuestros buenos amigos Gilles, Michel y Robert. ¿Cómo va eso, muchachos?

Yi Wao, que había llegado hasta el salón precediendo a los tres mencionados, contuvo su sonrisita, dio media vuelta y desapareció. Gilles, Michel y Robert se quedaron prácticamente en la entrada del salón, mirando enfurruñados a Pedro Alarcón que, como por arte de magia, se había convertido en su jefe al ser aceptado por Olaf Strom como el principal artífice de su seguridad personal.

—Todo está bien y en orden —gruñó Robert.

—Magnífico. Ahora, lo mejor que podéis hacer es quedaros aquí y tomar una copita de coñac. No demasiado, porque supongo que es

muy caro.

—Quizá tenga razón. ¿Podemos tomar una copa, señor Strom?

—Naturalmente que sí —asintió Strom—. Siéntense donde quieran y tomen lo que les apetezca. Sin abusar, pero sin hacer caso a lo que ha dicho el señor Alarcón. Puedo permitirme el lujo de pagar buena bebida a quienes me protegen.

—Gracias, señor Strom.

Fue Gilles quien se acercó a la botella, y procuró unos vasos para los tres. Ulla Strom, que los iba mirando y mirando también a su padre y a Pedro Alarcón, puso de pronto las manos sobre las ruedas de su silla.

—Creo que lo mejor será que me retire —musitó.

—¿Por qué no utilizas el motorcito, Ulla? —Recordó su padre—. Es una silla tan cómoda que no tienes por qué impulsarla a costa de tu propia fuerza física.

—Me gusta notar todavía que soy capaz de realizar algún esfuerzo, papá —musitó la muchacha—. Buenas noches a todos.

—¿Me permite que la acompañe, señorita Strom? —Se puso en pie, como desganadamente, Pedro Alarcón.

Ulla lo miró, y no contestó. Impulsó la silla hacia la salida del salón, y cuando pasó cerca de Pedro éste se colocó tras el respaldo y empujó suavemente. Salieron del salón, cruzaron el vestíbulo y fueron hacia la parte inferior de la gran escalinata que subía al primer piso.

Llegaron allí, el español empujó la puerta, empujó luego la silla de ruedas, entró detrás de la muchacha, y cerró la puerta del dormitorio a su espalda.

Ella hizo girar hábilmente la silla de ruedas, y se quedó mirándole.

—Muchas gracias, señor Alarcón. Puede usted retirarse.

Pedro Alarcón sostuvo impasible, impenetrable su rostro, la directa mirada de la muchacha. Luego, sin haber contestado, se dirigió hacia la cama y la abrió. Hecho esto, abrió la puerta del cuarto de baño y encendió al luz.

—Supongo que se limpia usted los dientes antes de acostarse, señorita Strom.

—Así es. Y hasta ahora, y pese a todo, he podido hacerlo yo sola.

—Me parece magnífico. ¿Qué ropa se pondrá para dormir?

—Debe haber una camisita bajo la almohada, supongo —murmuró la muchacha.

Pedro alzó la almohada y, en efecto, allí estaba la camisita. La colocó bien desplegada sobre la cama, volvió junto a Ulla, y la empujó hacia el cuarto de baño. Un hermoso y grandioso cuarto de baño de color rosa, en cuyo gran espejo se reflejaba la imagen de ambos.

Alto, fuerte, poderoso, Pedro Alarcón. Derrotada por completo, Ulla Strom.

—Apuesto a que no tiene un cepillo de dientes para prestarme —dijo Pedro, amablemente—. He olvidado comprar para este viaje.

—No tengo nada para prestarle a usted, señor Alarcón —dijo secamente Ulla.

Pedro no se inmutó. Salió del cuarto de baño; y mientras se cepillaba los dientes y luego se lavaba las manos, Ulla Strom llegó a pensar que Pedro se había marchado, tal era el silencio que reinaba en el dormitorio.

Pero no.

Pedro Alarcón no se había marchado.

—Supongo —dijo la muchacha— que no ha pensado usted en pasar la noche en esta habitación, señor Alarcón.

—No. Por el momento, no —negó Pedro.

Se acercó a la muchacha, se inclinó, y la descalzó. Cuando alzó la mirada, sus negros ojos parecieron tropezar con aquellas dos flores de violeta que eran los de Ulla Strom. El rostro de la muchacha estaba palidísimo, y había en sus sonrosados y dulces labios un perceptible temblor.

—Por favor… —susurró—. Márchese.

Pedro se puso en pie, y sin inmutarse en absoluto asió a Ulla por los sobacos y la puso en pie delante de la silla de ruedas.

—¿Puede sostenerse? —murmuró.

—No… No, no. Por. favor, márchese.

Evidentemente, Pedro Alarcón era sordo. O, cuando menos, sabía ser sordo cuando le parecía conveniente. Ulla Strom, pese a su negativa, podía permanecer de pie. No moverse, evidentemente, pero se mantuvo en pie mientras el español, siempre impenetrable el rostro, procedía a desvestirla… Primero fue el elegante y breve

vestido de noche. Luego, las prendas íntimas. Finalmente, Pedro Alarcón Salcedo tomó en brazos a Ulla Strom y la llevó hasta la cama. Allí, la dejó sentada, y procedió a ponerle la camisita de dormir. Luego, como si estuviese manejando una muñeca sin vida propia, la colocó cuidadosamente tendida en la cama, y la tapó.

Sentado en el borde de la cama, Pedro Alarcón estuvo casi dos minutos contemplando los ojos de Ulla Strom, que permanecían fijos en el techo, como hieráticos.

—Físicamente, estás llena de vida… —susurró el español—. ¿Quieres que me vaya o prefieres que me quede, Ulla?

Por fin, Ulla Strom desvió lentamente sus ojos hacia el español. Parpadeó, y las lágrimas aparecieron, deslizándose hacia los lados.

—Por favor… —susurró la muchacha—. Por favor, vete.

Pedro se inclinó y puso sus labios sobre los de ella. Ulla Strom permaneció inmóvil. Sus labios estaban fríos y rígidos, su aliento se había contenido. Pedro deslizó una mano por debajo del camisón, hasta encontrar lo que buscaba.

—Pese a todo lo que hagas —deslizó quedamente, tras separar sus labios de los de Ulla—, tu corazón sigue latiendo. Y mientras el corazón late, es que hay vida en el cuerpo. Buenas noches, Ulla.

Se puso en pie y salió del dormitorio. Estaba todavía cerrando la puerta cuando, en el principio del pasillo, de pie, como una estatua, vio a Olaf Strom, cuya palidez era incluso superior a la que había observado Pedro en la de su hija.

Pedro caminó hacia Strom, y cuando se detuvo delante de éste, el sueco susurró:

—¿Qué es lo que pretende usted, Alarcón?

—Solamente quería conseguir que su hija aceptase pasar la noche conmigo, señor Strom.

—Usted… —jadeó Olaf Strom—. Usted es una mala bestia… Usted…

—Cálmese. Solamente he intentado hacer regresar a la vida a su hija. ¿Se ha dado usted cuenta de que su corazón continúa latiendo?

—¿Qué quiere decir? —exclamó contenidamente Strom.

—¿Usted sabe lo que es el electroshock?

—Sí… Claro. Pero no le entiendo. ¿Adónde quiere ir a parar?

—El electroshock, señor Strom, es, como los dos sabemos muy bien según parece, una descarga eléctrica que se aplica en ocasiones

al ser humano, generalmente con el fin de hacerle reaccionar en una determinada medida que puede arrancarlo de su descenso hacia la muerte. ¿Está de acuerdo con esta definición?

—¡Santo Dios, no lo sé…! Supongo que es más o menos buena, aunque explicada de un modo muy… personal.

—De acuerdo. Sea personal o no, el electroshock es una sacudida que casi siempre resulta brutal, pero que consigue hacer reaccionar al paciente. ¿Usted no se ha dado cuenta, señor Strom, de que su hija precisa un electroshock?

—Pero… Bueno, los médicos que la han examinado…

—¡Por Dios! —Casi gritó Pedro—. No me estoy refiriendo a esa clase de electroshock, sino a un electroshock que ha de descargarle la vida. Por ejemplo, yo mismo. Puede que a usted le parezca una mala bestia, señor Strom, pero en estos momentos su hija está pensando en que un hombre le ha pedido compartir la noche en su cama. Me creerá o no, pero, cuando menos, empieza a considerar la posibilidad de que todavía puede responder como una mujer, puesto que un hombre le ha hecho una petición muy concreta.

—¡Dios mío! —Olaf Strom se pasó las manos por la cara—. Lo siento, Alarcón… Dios mío, cuánto lo siento, perdóneme.

—¿Qué le ocurre exactamente a su hija, señor Strom?

—No vale la pena que nosotros…

—No diga estupideces. ¿Qué le ocurre?

—El accidente de coche se produjo cuando iban solos ella y su… Bueno, un muchacho que salía con ella, que decía amarla. Era él quien conducía el coche, y el culpable del accidente, aunque eso no ha sido revelado…

—¿Qué quiere decir?

—Iban por la Cornisa Inferior, hacia Montecarlo. Ella le advirtió a él que corrían demasiado, a pesar de que, entonces, a Ulla le encantaba la velocidad. Él no le hizo caso. Pero, además, se dedicaba a… Bueno, Alarcón, usted sabe cómo pasan estas cosas; un chico, una chica, las manos impacientes… Él no hizo caso a las advertencias de Ulla, y finalmente se estrellaron contra un autocar lleno de turistas británicos.

—¿Cuándo fue eso?

—En julio hizo dos años. Ulla tenía entonces diecinueve…

—Hace más de dos años —se estremeció Pedro—. ¿Acaso no ha

intentado usted todo lo que su dinero podía permitirle, señor Strom?

—¡Claro que lo he intentado!

—No lo parece. Estoy seguro de que las cicatrices del rostro podrían ser fácilmente borradas por un buen cirujano estético.

—Sin la menor duda. Eso lo sabemos con toda seguridad, ya que consulté con el mejor especialista de Suiza. Me garantizó absolutamente el resultado de la operación; no quedaría en el rostro de Ulla ni la más pequeña señal. Pero ella no ha querido someterse a la operación.

—¡Qué dice usted…! —Palideció Pedro.

—La historia no ha terminado, Alarcón. Después del accidente, el muchacho en cuestión salió pronto del hospital, desde luego mucho mejor librado que Ulla. Ni siquiera fue a verla… Al parecer, se enteró por algunos amigos comunes de cómo había quedado Ulla, y envió a uno de sus amigos a decirle que era mejor olvidarlo todo. A partir de ese momento, Ulla dejó de interesarse por la vida, por ella misma, por cualquier cosa que no sea su soledad, su decepción, su amargura.

—Eso es absurdo —musitó Pedro.

—Lo sé. Pero cada cual crea, o quizá esté mejor dicho que adapta, una filosofía para su propia vida. Ulla se llevó un tremendo desengaño. Estoy seguro de que en estos momentos ni siquiera recuerda el rostro de aquel muchacho, pero el recuerdo de lo que sucedió está grabado a fuego dentro de ella Y dice que antes de volver a ser hermosa, y caminar, y volver a encontrar otro hombre como aquél, que ante una dificultad o desgracia le dice adiós, prefiere seguir sola en la vida. Y el mejor sistema para estar solo en la vida, desde luego, es ser altivo, insociable, y, además, mostrar la mayor fealdad física posible.

Pedro Alarcón se quedó mirando a Olaf Strom. Miró luego hacia la puerta del dormitorio de Ulla, y de nuevo a Olaf. Asintió con un gesto y, sin más, emprendió el descenso de la amplia escalinata. En el salón estaban todavía Michel, Robert y Gilles, que le miraron vivamente, con los ojos muy abiertos. Pero ellos no le interesaban en absoluto a Pedro, que salió de allí apenas entrar.

Encontró en seguida el dormitorio de Yi Wao. Éste se hallaba sentado en el borde del lecho, fumando un delgado cigarro liado a

mano y contemplando con inescrutable semblante el programa de televisión, que estaba terminando. Al ver a Pedro, se dispuso a apagar el pequeño televisor, pero aquél le hizo una seña impidiéndoselo, y se sentó a su lado.

—Yi Wao, ¿tú sabes por qué *Sensei* omitió mencionar en su informe a la señorita Strom?

—No, Pedro.

—Quiero decir que supongo que tú sí se la mencionaste a él cuando le avisaste de lo que ocurría en este lugar del mundo.

—Yo se lo informé todo a *Sensei*, por medio de uno de sus hijos, que tiene un dojo (1) en Marsella.

(1) Dojo, en japonés, es la sala de entrenamiento de artes marciales. En términos occidentales, por extensión, sería Gimnasio.

Pedro asintió con la cabeza, lentamente, pensativo.

—¿Sabe el señor Strom que has sido tú el… espía que ha informado a *Sensei* de lo que ocurre?

—Por ahora, creo que no. Pero no es tonto.

—Está bien. Mantén la boca cerrada, por favor.

—Sí.

—Seguramente, mañana pasaré el día fuera de casa, con el señor Strom, Yi Wao, quiero que cuides con tu vida de la señorita Strom.

—Lo haré.

El español se puso en pie, y efectuó una inclinación de cabeza, a la que el chino contestó de igual modo, tras ponerse rápidamente en pie.

—Do —musitó Pedro.

—Do.

Diez minutos más tarde, Pedro Alarcón Salcedo se tendía en la cama del dormitorio que se le había asignado en la villa de los Strom.

«Por el amor de Dios… —pensó Pedro—. ¡Y yo me sentía desdichado! Gracias, *Sensei*, por esta oportunidad… Gracias, Maestro».

CAPÍTULO VI

—¿Ninguna llamada, señor Strom? ¿Ninguna molestia?

—Ninguna —sonrió Olaf Strom—. Debo suponer que mi tono firme les ha convencido de que deben buscar por otro lado a quien se adapte a sus deseos. ¿Ha visto usted algo inquietante por aquí?

—No —Pedro sonrió—. Pero quizá sea debido a que a mí no me inquieta nada.

Olaf Strom soltó una carcajada, y señaló su coche, en el estacionamiento de la fábrica de perfumes, en la parte alta de Niza.

—Ha sido un día tranquilo, pero fatigoso. Estoy deseando regresar a casa.

—Yo también —murmuró Pedro.

Entraron en el coche, y Strom lo puso en marcha. Bajaron hasta el centro de Niza, que cruzaron. Iban en silencio. Con alguna frecuencia, Pedro se volvía, para mirar hacia atrás por el amplio cristal del «Mercedes».

—Voy a hacerle una oferta —dijo, de pronto, Strom—. De ninguna manera quiero ofenderle, tan sólo hacerle una oferta. Diga sí o diga no. Si dice no, lo olvidaremos en el acto. Si dice sí, yo le pagaré a usted un millón de francos cuando los resultados de su… labor sean evidentes.

—¿Cuál es la oferta?

—Anoche le llamé mala bestia. Ya le pedí disculpas. Hoy voy a hacer más: voy a pedirle que provoque usted el electroshock en mi hija. ¿Cree que puede hacerlo?

—No lo sé —murmuró Pedro.

—Pero ¿acepta intentarlo?

—¿Cuáles son las limitaciones?

—Ninguna… —Strom se pasó la lengua por los labios—. Sólo quiero que la despierte. ¡Por Dios, Alarcón, hágalo! Como usted quiera, a su modo, llegando a todos los límites… Devuélvame a mi

hija, y le daré un millón de francos. O dos. ¡Lo que usted me pida!

—Señor Strom, yo no soy un mago. Y si habla usted así porque le parezco muy atractivo para una muchacha como su hija, debe olvidarlo; eso no es suficiente… En realidad, no es nada. El corazón es diferente a los ojos. Y ella sólo me está viendo con los ojos.

—He visto cómo le miraba ella esta mañana durante el desayuno —murmuró Strom.

—¿Cómo me miraba?

—Como no había mirado a nadie jamás. Le estoy hablando de mi hija, Pedro; sé lo que digo.

Pedro Alarcón suspiró profundamente.

—Su oferta está aceptada, señor Strom.

También Olaf Strom suspiró. Estaban circulando por la rué Baria, a punto de salir de Niza. A partir de entonces, el camino era más amable, con el mar a la derecha. Tardaron muy poco en llegar a la Cornisa Inferior. La tarde de otoño era hermosa, dorada. Era una tarde de amor. En aquellos momentos, en Francia, el amor debía estar estallando en millones de parejas. Y en aquellos momentos. Olaf Strom habría pagado mucho más de un millón de francos por ver en los ojos de su hija la luz del amor. Incluso, se habría conformado con ver en ellos tan sólo la luz de la vida… Miró de reojo a Pedro Alarcón, que descansaba. Siempre parecía estar descansando profundamente. A Olaf Strom, el español le parecía suave, tierno, incluso delicado. Su aspecto era muy viril ciertamente, pero tan diferente al de Gilles, Michel, Robert… Pedro Alarcón parecía incapaz incluso de romper una nuez para comérsela. Naturalmente, por no molestar a la nuez, no porque no pudiese hacerlo. Sí, parecía fuerte, pero demasiado amable. Ésa era la palabra: amable. Demasiado. Por lo que…

—Baje la velocidad, por favor, señor Strom.

—¿Qué? —respingó Olaf.

Pedro señaló hacia delante.

—Sería estúpido chocar con el coche que nos precede, y que está frenando.

Olaf parpadeó. Era cierto, había un coche que se había colocado delante del suyo, y estaba frenando. Apretó él también el pedal del freno, frunciendo el ceño. ¿Qué pretendía aquel idiota, en plena carretera, y con un tráfico ligero que permitía una buena

velocidad…?

—Pero no frene demasiado en seco; el coche de detrás podría chocar con el nuestro. Eso también sería estúpido.

Strom miró por el retrovisor. Cierto, otro coche estaba tras el suyo, tan cerca que era una auténtica imprudencia por su parte. Miró al de delante y respingó de nuevo, pues se había detenido. Apretó con fuerza el freno, y quedó a menos de un metro del coche de delante. El que le seguía, a su vez, quedó a un metro del «Mercedes».

—Pero… ¿qué pasa?

Pedro le miró amablemente.

—No salga del coche. Cierre su puerta, y haga lo mismo con la mía…, cuando yo haya salido.

—¡Espere un momento! —Le asió Strom por una manga—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Me parece que vamos a conferenciar con unos señores que desean su autógrafo. Quiero decir, su firma…, o cuando menos su permiso para utilizar su fábrica.

—¿Quiere decir que…?

Pedro Alarcón hizo un gesto de impotencia. Del coche que les precedía se habían apeado dos hombres. Del de atrás, lo hicieron tres, que también se acercaron al «Mercedes». Fue una maniobra hábil y rápida…, que terminó cuando uno de aquellos sujetos abrió la portezuela de Strom.

—¿Señor Strom? —preguntó.

Olaf Strom no contestó. Demasiado tarde, había comprendido, y estaba pálido. Se había quedado sin voz.

—Yo soy Strom —dijo Pedro.

El otro se inclinó más, le miró y sonrió secamente.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Naturalmente. Olaf Strom, para servirle.

Dos cabezas más aparecieron junto a la del primer hombre. Éste señaló a Pedro.

—Dice que él es Strom.

—Pues se conserva bien, para tener cuarenta y siete años.

—Es usted muy amable —sonrió Pedro.

—Tenemos un recado para el señor Strom —dijo el otro—. Poca cosa, pero debemos cumplir nuestro trabajo.

—Lo comprendo. ¿Les parece bien que salga del coche? Así se evitarán ustedes una tortícolis.

—Usted sí que es amable, señor Strom… —sonrió el sujeto—. Sí, por favor, salga. Usted, chófer —apretó con un dedo el pecho de Olaf Strom—, no se mueva de aquí.

Strom seguía mudo de espanto. Cuando pudo reaccionar para mirar hacia Pedro, éste había salido ya del coche. Tres de aquellos hombres fueron hacia él, y palparon rápidamente su cuerpo. Le miraron con asombro, finalmente.

—No lleva —dijo uno.

—Tiradlo abajo —dijo otro—; no es más que un idiota.

Dos de los asaltantes sonrieron, mirando hacia abajo. La carretera discurría en aquel tramo sobre roca, al borde del mar prácticamente, que espumeaba unos seis o siete metros por debajo de la cinta de asfalto.

—Espero que sepa usted nadar, señor Strom —dijo uno de los graciosos, impulsando su mano con fuerza hacia el pecho de, Pedro.

Sorpresa.

Y espanto.

Pedro Alarcón extendió las manos, separados los dedos, que de pronto parecieron garras. Su mano izquierda asió la muñeca de aquella mano que pretendía empujarlo al mar; su mano derecha pasó alrededor de la cintura del sujeto al mismo tiempo que la izquierda tiraba con suave firmeza de la mano del otro, que por un instante pareció que fuese a ser abrazado por Pedro Alarcón…

Un instante más tarde, rebotaba sobre su cadera, en escalofriante proyección uki goshi, parecía pasar por encima de Pedro, y se encontraba volando sobre el mar, despavorido, desorbitados los ojos, desencajado el rostro…

—¡Aaaahhhhhh…! —Se perdió su grito en el terrible descenso hacia las frías aguas.

Pero esto había ocurrido hacía ya un millón de años. Aún estaba el hombre gritando su espanto en el aire cuando Pedro se había encarado a otro, lo asió con ambas manos por las solapas y tiró de él, con una fuerza inaudita, estremecedora… El hombre estaba gritando su espanto cuando apareció la pierna derecha de Pedro delante de la izquierda del sujeto, que tropezó allí, giró en el aire debido a la tracción de Pedro que había culminado con el

impecable hiza guruma, y salió igualmente proyectado, como un muñeco, hacia el mar, lanzando un alarido que puso los pelos de punta a Olaf Strom.

El tercer sujeto había tenido tiempo de empezar a reaccionar. Y su reacción fue absolutamente lógica, considerando lo inesperado de las circunstancias: retrocedió un paso y hundió la mano derecha bajo el sobaco izquierdo…

Pero a Pedro Alarcón seguía sobrándole un millón de años.

Siguiendo el impulso del hiza guruma acabó de girar, de modo que llegó delante mismo del tercer sujeto, pero de perfil con respecto a éste. Su brazo derecho ascendió, se dobló a la altura del hombro, y el codo salió disparado como un émbolo hacia el rostro del granuja, en destructor atemi. Tan destructor, que el rostro del hombre estalló, por la nariz, que se partió como si fuese de galleta y prácticamente se hundió en aquella cara distorsionada por el espanto, que se llenó de sangre inmediatamente.

Aún estaba el hombre cayendo de espaldas, como muerto, cuando Pedro saltaba por encima del coche. Con la misma naturalidad de quien sube el bordillo de una acera, como si aquello no fuese nada… Al otro lado del coche los otros dos sujetos, que apenas habían tenido tiempo de enterarse de lo que ocurría, estaban gritando, y se apartaban del vehículo, ambos llevando la mano en busca de su pistola.

Entonces, se produjo el grito que pareció congelar sus músculos, mientras Pedro aparecía como volando desde el otro lado del coche:

—¡DAAAAaaaaAAAAA…!

Era un grito uniforme, que parecía salir de un cuerpo gigantesco. Como un enorme rugido desconocido que los estremeció, les hizo palidecer, entorpeció sus articulaciones… En aquel momento, ninguno de los dos hombres supo que el grito lo profería otro hombre como ellos, un ser humano normal que estaba lanzando su kiai, que les estaba disparando su fuerza interior, que los estaba arrollando tan sólo con su manifestación vital ajena a los músculos…

Pero también los músculos estaban en juego. El león había despertado de su siesta, y sus zarpazos eran terribles, como su rugido. Todavía estaba en el aire, y parecía que iba a caer ante ellos en aquel lado del coche cuando su pierna derecha, que había estado

flexionada, se distendió, de pronto, y el pie alcanzó a uno de los hombres en el centro del pecho, con sonoro trallazo. El hombre que había recibido el yoko geri salió despedido hacia atrás violentamente, con algunas costillas rotas, hundidas hacia dentro como si fuesen de simple paja.

En el mismo instante en que Pedro caía al suelo, naturalmente de pie y dispuesto al siguiente ataque, el quinto hombre conseguía apretar el gatillo de su pistola. De cinco hombres, sólo uno había conseguido utilizar el arma; en ese tiempo, el budoka había puesto fuera de combate a cuatro, en otros tantos segundos…

¡*Crack*!, restalló el disparo.

Pedro Alarcón ya no estaba en el lugar al que iba dirigida la bala. Ésta rebotó en un bastidor de las puertas del coche, y se alzó con vibrante tañido en dirección al cielo amarillento de la tarde. Dentro del coche, Olaf Strom continuaba asistiendo al espectáculo más alucinante de su vida. Había visto cómo un solo hombre desarmado hacía desaparecer a tres. Lo había perdido de vista un instante, por encima suyo, y lo había visto reaparecer, volando. Había visto cómo el cuarto enemigo era lanzado hacia el centro de la calzada, como un pelele. Había visto cómo el quinto disparaba…

Y ahora acababa de ver a Pedro Alarcón tirarse al suelo, rodar en dirección al quinto hombre, y antes de que éste, que había bajado la línea de tiro, pudiese disparar de nuevo con seguridad, Alarcón se irguió ante él, apartando la mano armada con un brazo y alzando la rodilla derecha, que se hundió entre las ingles del quinto hombre. Éste quedó lívido, lanzando un aullido, pero todavía intentó disparar otra vez.

Pedro se colocó a su costado derecho, mientras le sujetaba la muñeca en alto, doblándole el brazo hacia atrás; su propio brazo derecho pasó bajo el del granuja, regresó por el ángulo de este brazo, y las dos manos de Pedro se reunieron en la muñeca del pistolero, que lanzó un alarido de angustia cuando el budoka presionó hacia atrás después de juntar sus codos. El terrible ude garami, de la Kansetsu Waza, surtió su efecto sin ninguna dificultad; el codo crujió, y se partió con toda facilidad. Cuando el hombre cayó de espaldas en la carretera, su grito había terminado, él se había desmayado.

Así pues, no quedaba nadie en pie…, salvo Pedro Alarcón

Salcedo.

Éste fue hacia el granuja al que había hundido las costillas con el patadón de karate, lo agarró por la ropa del cuello y lo colocó verticalmente, como si pesase menos que un cigarrillo.

—Camina… —jadeó el budoka—. Vas a viajar en otro coche.

Olaf Strom se había vuelto a mirar al desdichado que yacía como un guiñapo en el asiento de atrás. De pronto, captó la mirada de Pedro, respingó, y puso en marcha el motor… En aquellos pocos segundos, algo nuevo había sucedido, que lo tenía como alucinado.

Tres coches se habían detenido, dos procedentes de Montecarlo, uno de Niza, que había quedado detrás del coche de los granujas. Se oían claxons. De uno de los coches procedentes de Montecarlo, dos hombres se habían apeado, y miraban al desdichado del brazo roto… Al otro lado del coche de Strom, el de la nariz hundida gemía, comenzando a recuperarse…

—No…, no puedo… salir de entre los dos coches… —jadeó Strom.

—Empuje al de delante.

—Pero… caerá al…, al mar…

—Empújelo.

Olaf Strom empujó al coche que le había hecho frenar segundos antes. ¿Segundos antes? ¿O había pasado tanto tiempo que ya no podía medirse?

Los automovilistas que se habían detenido lanzaron un grito de aviso cuando comprendieron que el coche de delante del «Mercedes» iba a caer al mar, debido a la absurda maniobra del conductor. Pero al grito siguió ya el crujir de la chapa metálica, el reventar de cristales especiales, como un estallido que se unió al suave fragor del mar en las rocas. El coche estalló en una llamarada, mientras el «Mercedes» escapaba de allí a toda velocidad.

—¿Para qué quiere a ese hombre? —preguntó Strom, con voz aguda.

—Para que nos diga a quién debemos dirigirnos, en un nivel superior, para hacerle comprender lo conveniente de olvidar este asunto del gas epidémico. Ocúpese del volante, señor Strom. Sólo de eso.

—Sí… Sí, sí.

El hombre, sentado junto a Pedro, estaba gimiendo. Su rostro

tenía el color de la cera. Parecía que se estaba ahogando… Pedro lo asió por la ropa del pecho con una mano.

—Ya me ha oído: ¿quién les ha enviado a…?

Una bocanada de sangre apareció de pronto, fuertemente lanzada por el pobre nombre, con tal violencia que sus salpicaduras llegaron a Olaf Strom, que lanzó un chillido y estuvo a punto de perder el control del coche. El chorro de sangre dio prácticamente de lleno en Pedro, que, en cambio, ni siquiera respingó. Se quedó mirando al sujeto que acababa de morir en sus manos, horriblemente, como una bestia. Las costillas rotas y hundidas en el tórax habían hecho las veces de puñales, interesando puntos vitales, y el hombre había aguantado con vida milagrosamente aquellos pocos segundos.

—Reduzca la velocidad —pidió Pedro.

—¿Qué…, qué va a hacer…?

Pedro abrió la portezuela derecha, esperó a pasar por el lugar apropiado, y lanzó fuera del coche al hombre muerto. Cerró la portezuela, pasó al asiento de delante por encima del respaldo, y, ya de nuevo sentado junto a Strom, lo miró atentamente.

—¿Está bien? ¿Puede seguir conduciendo?

—Sí, sí. Ése…, ese hombre que…

—Ha muerto. Elegí mal al que tenía que decirme dónde puedo encontrar a sus comunicantes telefónicos. Conduzca con cuidado, señor Strom, o podría provocar un accidente con personas pacíficas, que tienen derecho a la vida.

—Sí… Ya voy con cuidado, sí… Tendríamos… que avisar a la policía de lo que ha sucedido…

—Por ahora, no. Pero si vienen a su casa, les atenderemos, claro está. Lo primero que tenemos que hacer los dos es serenarnos.

CAPÍTULO VII

Ulla Strom se detuvo delante de la puerta del dormitorio de Pedro Alarcón. Éste no había bajado a cenar, no había cambiado palabra alguna con ella, ni con nadie. Simplemente, había llegado, había subido a su dormitorio, y allí continuaba.

—Debe estar haciendo mokuzo —había explicado Yi Wao.

—¿Mokuzo? ¿Qué es eso? —preguntó Ulla.

—Concentración mental, para meditar serenamente en busca de la liberación y la paz de nuestro espíritu; es una relajación física y mental, que nos proporciona gran descanso, señorita Strom. He oído lo que el señor Strom les ha explicado a ustedes, y es comprensible que el señor Alarcón precise un poco de mokuzo. No debe sentirse precisamente satisfecho por el mal que ha causado a unos semejantes.

—Aquellos hombres me buscaban a mí —dijo Strom, pálido—. Y no creo que fuese para nada bueno, Yi.

—Aun así, hay profunda pena en el señor Alarcón. El mokuzo le sentará muy bien, mejor que cualquier otra cosa. No necesita comer ni beber, ni nada. Sólo paz y serenidad.

—¿No debemos llamarle, entonces? —murmuró Ulla.

—Definitivamente, no, señorita Ulla.

Pero había pasado demasiado tiempo, y Ulla no había podido esperar más. Ahora, frente a la puerta del dormitorio de Pedro Alarcón, la muchacha vaciló. No se oía nada, el silencio era total en la casa.

Con súbita decisión, la muchacha empujó la puerta. Dentro, no había luz alguna. Ulla Strom entró en el dormitorio, cerró la puerta de nuevo, y volvió el sillón de ruedas hacia la puerta-ventana que daba a la amplia terraza, y que se hallaba abierta. Cerca de la salida a la terraza, recortándose en la oscuridad del exterior, distinguió a Pedro. Estaba sentado sobre la alfombra, con las piernas cruzadas,

inmóvil…

—Pedro —musitó la muchacha—, ¿estás bien?

—Me siento mejor —llegó la voz de Pedro, reposada, suave.

—¿Puedo… hacer algo por ti? —Tembló la voz de Ulla.

—Todos podemos hacer algo por los demás.

—Dime qué puedo hacer yo por ti, Pedro… ¡Dímelo, por favor!

—Ponte en pie y ven aquí.

—No puedo… ¡Eso no puedo hacerlo!

—Inténtalo. Sólo con que lo intentes, ya habrás hecho algo por mí, Ulla.

—Está bien. Lo…, lo voy a intentar…

Ulla Strom se apoyó con fuerza en los brazos del sillón, y se impulsó hacia arriba. Quedar de pie no era problema alguno. Pero ella sabía que en cuanto intentase caminar un solo paso, caería… Y así sucedió, en efecto: Ulla Strom dio un paso, y eso fue todo. Cayó hacia delante, parando el golpe cómo pudo, y quedando tendida boca abajo en el centro del espacioso dormitorio, en un extremo de la mullida alfombra, que Pedro había colocado más hacia la terraza, para sentarse en ella con las piernas cruzadas.

—Pedro… Pedro, me he caído…

—Lo sé. Inténtalo de nuevo.

—Nunca podré ponerme en pie yo sola.

—Entonces, ven aquí arrastrándote. Tú eliges.

Ulla Strom estuvo un par de minutos tendida en el suelo, de bruces. Delante de ella veía con más claridad a Pedro. A cada instante, sus ojos se iban acostumbrando más a la luz de las estrellas que relucían en un cielo sereno. Desde el jardín, llegaba el suave perfume de las mimosas. Pedro continuaba sentado, y ahora Ulla podía ver que estaba desnudo, y percibió también aquel olor a agua y gel… Ulla comenzó, a arrastrarse hacia el español, que permaneció inmóvil. Por fin, la mano de la muchacha llegó a tocarle una rodilla. Entonces, Pedro la ayudó a terminar de llegar junto a él, sobre la alfombra. Ulla Strom se abrazó al budoka y estalló en sollozos, que se convirtieron en un respingo cuando notó la mano de él en su rostro…

—¡No me toques la cara! —gimió—. ¡No me toques mi horrible cara!

—Está bien, tranquilízate; Te agradezco el esfuerzo que has

realizado para complacerme, Ulla. Voy a llevarte a tu dormitorio…

—No… No. Por favor, no…

—¿Quieres intentarlo tú sola?

—Anoche no pude dormir. Me he pasado todo el día pensando en ti. He creído varias veces que me iba a desmayar cuando mi padre ha explicado lo que ha ocurrido… ¿Comprendes por qué, Pedro?

—Dímelo tú.

—Anoche…, anoche debí… aceptar tu compañía.

—No tenías por qué hacerlo, si no lo deseabas.

—Hoy sí lo deseo. Pedro: ¿se puede amar dos veces?

El budoka tardó bastante en responder. Lo hizo en voz baja, tenue, suave:

—Se puede amar infinitamente e incesantemente. Se DEBE amar infinitamente e incesantemente. Debemos amar al Amor, Ulla. Lo que no debemos hacer nunca es mentir, decir que amamos y que sea mentira. ¿Amar dos veces? Muchas más… Muchísimas más. El amor nace y muere, y vuelve a nacer y a morir… El amor es como las hojas de los árboles: unas mueren, y detrás llegan otras, nuevas, tiernas, frescas… ¿Acaso las primeras hojas eran mejores que las siguientes, y éstas mejores que las que las seguirán? El árbol da hojas, la Vida da Amor. Si un amor termina, otro empieza. No se puede vivir sin amor. Lo mismo da que el amor sea uno solo que muchos amores; lo mismo de hermoso es el árbol de hoja perenne que el árbol cuyas hojas mueren para que vuelvan a nacer otras hojas nuevas, tiernas y frescas… Y fíjate, Ulla, que el árbol sólo está feo cuando no tiene hojas, cuando no tiene amor. Entonces, el árbol parece seco y muerto… Pero no lo está, como lo demuestra produciendo más hojas, y luego otra vez, y otra… ¿Amar dos veces? Ni siquiera te has expresado bien. Deberías haber preguntado: ¿se puede continuar sintiendo amor por el amor? Y yo te habría respondido qué aquel que sea incapaz de amar es como si estuviese muerto. El amor puede ser uno, pueden ser mil, pero si tanto ese uno como esos mil son sinceros, es siempre lo mismo, no sufre variación alguna: es sólo amor, que sigue viviendo en nosotros, brotando una y otra vez, como las hojas de los árboles en primavera. Es Amor y es Vida. Todo es lo mismo.

Pedro Alarcón se calló. La habitación quedó en silencio, sumida

en aquella penumbra de estrellas, en aquel olor a mimosas. Ulla Strom estuvo largo rato inmóvil. Por fin, suspiró, y se tendió en la gruesa alfombra, junto al budoka.

—Pedro —susurró—. Pedro, por favor, llévame de vuelta a la Vida…

CAPÍTULO VIII

—Bueno —sonrió Olaf Strom, empujando el cheque hacia Pedro—, yo diría que no todo el mundo puede ganar dos millones de francos con tanta facilidad, Pedro.

Éste miró el cheque, sin tocarlo todavía de sobre la mesa del despacho de Strom en la fábrica. Luego, miró al industrial.

—Es mucho dinero —murmuró—. Demasiado, por lo que he hecho.

—¿Eso piensa? —Alzó las cejas Strom—. Yo diría que es usted excesivamente modesto. En primer lugar, está bien claro que me salvó usted la vida, hace cuatro días, cuando aquellos sujetos nos… asaltaron en Basse Corniche. Y luego, está lo de mi hija… Desde hace tres días, Ulla es… otra persona. No. No, no… Me he expresado mal. He querido decir que vuelve a ser mi hija, la muchacha que era antes del accidente. Hay una luz de risa en sus ojos que…

—Ella me ha dado más a mí que yo a ella.

Olaf Strom se quedó con la boca abierta, mirando sin comprender a Pedro Alarcón. Sin comprender, por el momento. Cuando creyó comprender, palideció.

—No me diga que usted ama a mi hija —susurró.

—Vamos a hacer dos partes con este cheque —susurró, también, el budoka—. Una de ellas, de un millón de francos, irá a parar, tal como era mi intención desde el principio, a manos de mi Maestro, para que él lo utilice con su gran y habitual sabiduría. El otro millón quiero invertirlo en Ulla, en su curación total exterior.

—¿Nada para usted?

—Naturalmente, este millón no tiene nada que ver con los cien mil dólares que son mis honorarios, señor Strom.

—Está bien, está bien. Pero yo le estoy haciendo preguntas concretas. ¿No quiere nada para usted? ¿Ama realmente a mi hija,

Pedro?

—¿Le sorprendería eso?

Olaf Strom abrió la boca… En aquel momento, sonó el teléfono de línea directa, y el industrial sueco-francés lo atendió.

—¿Sí?

—Sí, soy yo. ¿Es usted, Yi? ¿Qué ocurre?

Olaf Strom quedó blanco como la leche. El auricular escapó de su mano, y rebotó en la mesa antes de quedar colgando por un lado de ésta.

—Dios mío —gimió Strom—. ¡Dios mío! ¡Oh, Dios, Dios, pobre hija mía…!

* * *

Dentro de la casa, entre el destrozo inaudito de todo lo que podía romperse, habían encontrado a Yi Wao, en el sofá. Pero antes, vieron tendidos en el suelo a Gilles, Robert y Michel. Gilles estaba muerto, como machacada su cabeza en numerosas hendiduras. Robert y Michel, también ensangrentados, habían sido destrozados. Su hospitalización era urgente, aunque quizá no serviría de nada.

Olaf Strom estaba pálido como un muerto, puesto en pie, mirando con expresión alucinada a su alrededor, temblando violentamente sus labios. No menos pálido que él, Pedro reaccionó, por fin, y se inclinó sobre el desvanecido Yi Wao. Tras contemplarlo atentamente unos segundos, comenzó a presionar con decisión en su espalda, en las vértebras superiores, utilizando el kuatsu, la técnica de la reanimación.

A los pocos segundos, Yi Wao abrió los ojos. Su cabeza yacía de lado, con la cara hacia el borde del sofá. Pedro vio el ojo izquierdo del chino, abierto, y dejó de presionar. Se acuclilló ante él.

—Yi —susurró—. Yi soy Pedro. No te muevas, pero tienes que intentar hablar… ¿Crees que podrás hacerlo?

Un gemido tembloroso brotó de los labios del chino. Su ojo permanecía abierto, fijo, hierático. Pedro se mordió los labios, y se volvió hacia Strom.

—Llame a un hospital —murmuró—. Que vengan varias ambulancias. Y médicos. ¡Llame!

Olaf Strom se movió hacia el teléfono, como un autómata, y comenzó a marcar un número, tras mirar el adhesivo colocado en la

parte inferior del aparato.

—Yi… Serénate. Habla poco, y con calma. Y sólo si realmente puedes.

—Per… dóname… No he… podido…, muchos hombres… Llevaban…, llevaban *nunchaku*… y bo… y manriki… gusari… Eran… por lo menos… doce o catorce… hombres… Utilicé lo mejor de…, de mi kempo, creo…, creo que maté a alguno…, pero no pude… Pedro, no…, no eran budokas, no eran… de los nuestros de verdad, pero…, pero conocen… nuestras… técnicas… Eran… mercenarios…, gente sin…, sin el menor principio de…, de…

—Tranquilízate. Ya sabemos que las buenas enseñanzas llegan en ocasiones a quienes no las merecen. No es malo el Budo, Yi, sino los hombres que lo convierten en método de destrucción —Pedro volvió la cabeza un instante, para mirar a Strom, que estaba de nuevo a su lado—. Yi: ¿qué ha pasado con la señorita Strom?

—No… lo sé… Ella salió al jardín… con su silla, y estaba… cortando unas flores… Yo la oía… cantar… desde el salón, estaba… limpiando… Aparecieron ellos, y rodearon a la señorita Strom… La empujaron en el sillón hacia la casa, y dijeron…, dijeron que si no nos reuníamos todos en…, en el salón, la iban…, la iban a matar… Cuando estuvimos todos allí, desarmaron a Gilles, y a… a Robert y Michel…, y comenzaron a golpearnos, diciendo… que tú comprenderías… Intenté…, intenté…

—Tranquilízate. Nadie es invencible, Yi. Relájate, descansa.

-Pídele perdón por mí a…, a *Sensei*. Dile…, dile…

—No hables más, Yi. Relájate.

El chino cerró los ojos. Pedro se puso en pie, y se pasó las manos por la cara. Por un instante, la escena pareció real en su mente: doce hombres golpeando sin piedad, utilizando *nunchaku*, *bo*, *manrtkigusari*… ¿Habían golpeado también a Ulla, de aquella forma, con aquellas armas…?

El teléfono sonó, y Strom, tras respingar, se precipitó hacia el aparato. Pedro no le oía, sumido en su propios pensamientos, viendo en su imaginación a Ulla Strom en el mismo estado que Yi Wao o los demás. Se sentía frío por dentro, como congelado… No era normal. Aquello no era normal. ¿De dónde habían salido aquellos hombres, quiénes eran?

—Es para usted.

Strom le tendía el auricular, perplejo y, sobre todo, alucinado, incapaz de comprender todavía lo que había sucedido. Pedro tomó el auricular.

—Diga —susurró.

—¿…?

—Sí. Yo soy.

—…

—Sí. Comprendo. He comprendido, desde luego.

—…

—Dígame dónde y cuándo.

—…

—Estaré allí.

Colgó el auricular, permaneció pensativo unos segundos, y luego salió del salón. Bajó unos minutos más tarde, cargado con su maleta. Strom se lo quedó mirando, sorprendido, y aún se sorprendió más cuando Pedro le devolvió el cheque.

—Será mejor que lo guarde usted. No sé si volveré. Atienda a la policía, o a quien sea qué venga. Con su permiso, me llevo el coche. Se lo dejaré frente al Casino Municipal.

—Pero…, ¿adónde va? —exclamó Strom.

—Voy en busca de la Vida… o de la Muerte. ¡Adiós, señor Strom!

CAPÍTULO IX

—¿Alarcón? —preguntó el hombre, con extraño acento gutural, y sonriendo irónicamente.

No concedían margen de error. Para que él también comprendiese de qué iba, le enviaban como primer intermediario a un oriental. Posiblemente vietnamita. De todos modos, sus rasgos no eran demasiado exagerados.

—Sí.

—Venga al coche.

El hombre le volvió la espalda, y comenzó a caminar. Pedro fue tras él. Lo vio colocarse al volante de un «Citroén-Tiburón» tras señalarle la puerta izquierda de atrás. Comprendiendo, abrió aquella portezuela, y se instaló en aquel asiento…, mirando inexpresivamente a la hermosa muchacha rubia que le contemplaba llena de curiosidad.

—¿Éste es el hombre, Myung? —Pareció decepcionada.

—Eso dice él. Y lo es. Lo sé.

Myung puso el coche en marcha. Pedro no se molestó en preguntar nada. Notaba fija en él la mirada de la hermosísima muchacha de rubios cabellos.

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció ella.

Pedro la miró, y negó con la cabeza. Ella alzó las cejas.

—¿Ustedes, los budokas, no fuman?

—Sí fumo, pero sólo cuando me apetece.

Ella sonrió. Sí, era hermosísima, y tenía un cuerpo espléndido, de senos altos, puntiagudos, agresivos. Llevaba una chaqueta de piel, que entreabrió, y Pedro pudo ver casi completamente sus senos, preciosos, blanquísimos.

—Me llamo Claudine —rió la muchacha; subiéndose la falda— y soy muy amiga de Fifi. ¿Conoce a Fifi?

—No.

—Yo amo a Fifi. Pero… nunca he sido demasiado partidaria del exclusivismo. ¿Me comprende? Quiero decir que allá donde haya disfrute allá estoy yo, tomando mi parte. ¿Le gusta a usted disfrutar?

—Como a todo el mundo.

—¡Oh!; entonces seguramente tendremos un agradable viaje en helicóptero hasta… nuestro destino. Sí, hay que disfrutar… Disfrutar siempre, sea como fuere y con quien sea y cuando sea… ¿No está de acuerdo?

—Sí. Pero me parece que usted y yo tenemos unas ideas muy diferentes sobre lo que es disfrutar.

—¡Oh…! Bueno: ¿cómo disfruta usted?

—Intentando ser cada día mejor que el anterior.

Claudine lanzó una exclamación.

—¿Pretende burlarse de mí? ¡No puede ser mejor que ayer un hombre que mata a otros! ¿O sí?

—¿A quién he matado yo?

—Hace cuatro días, cinco hombres le atacaron a usted y a Olaf Strom. Dos de ellos murieron, y el cadáver de uno aún no ha sido hallado en el mar. De los otros tres, uno se ha quedado sin nariz, el otro tiene un brazo roto, y el que consiguió no ahogarse se rompió las dos piernas al caer sobre una roca… Por curiosidad: ¿qué es usted? Quiero decir, dentro de las Artes Marciales.

—Tercer Dan de judo, Y sé algunas otras pequeñas cosas.

—Ya. A Fifi le encantará conocerlo, estoy segura. ¿Le he dicho que adoro a Fifi?

—Sí. Pero a mí no interesan sus desviaciones sexuales.

Claudine se echó a reír, de buena gana.

—¿Qué tienen de malo esas cosas? —exclamó luego—. De todos modos…

—Escuche, señorita, no quiero ser descortés con usted, pero el tema no me interesa. Sólo quiero saber adónde vamos, si es posible. Y ante todo, si la señorita Strom se encuentra bien.

—Ella está bien…, espero. La verá, supongo, cuando lleguemos a destino. Fifi está con ella, pero no tema, nada malo le va a ocurrir a ese saldo humano, de momento.

Media hora más tarde, en una carretera solitaria que ascendía hacia Peira Cava, el coche se detuvo, y el conductor asiático hizo

unas señales con los faros. Segundos después, comenzó a oírse el rumor, por encima de ellos… Pedro comprendió en seguida, y segundos después divisaba el helicóptero, lanzando destellos de estrellas. Llegó cerca de donde estaban ellos, y aterrizó. Claudine señaló hacia el aparato, del cual acababa de saltar un hombre. Este hombre ocupó el sitio de Myung al volante del coche, emprendiendo el regreso hacia Niza, al parecer. Pedro, Claudine y Myung fueron hacia el helicóptero, y lo abordaron, observados con indiferencia por el piloto, que llevaba pantalones y jersey de color rojo intenso, le pareció a Pedro.

El helicóptero alzó el vuelo.

Pedro calculó que fueron costeando hasta cerca de Génova. A partir de allí, el helicóptero voló en línea recta hacia el Norte, sin más obstáculo que las primeras estribaciones de los Apeninos. Luego, ya sin duda alguna, supo que pasaron por encima de Milán, algo desviados hacia el Oeste. Habían cruzado la frontera italiana a poco de comenzar el viaje, y pronto comprendió que cruzarían también la suiza. Pero se equivocó, o, al menos, no estuvo seguro de que esto hubiese sucedido. Abajo se veía una gran mancha brillante en forma de estrella de mar, aproximadamente, y como desmembrada. Debían ser los lagos. Lugano, Como, Lecco, y otros más pequeños, cercanos a los principales… Lo mismo podían aterrizar en Suiza que en Italia…

—¿Sabe dónde estamos? —preguntó Claudine.

—Creo que estamos llegando al lago Como. Aquellas luces de la izquierda deben ser de la ciudad de Como, y más allá, las de Lugano.

—En efecto. Nosotros vamos a la parte Norte del lago Como.

—Eso quiere decir que permaneceremos en Italia.

—Por el momento, sí. ¿Tiene frío?

—No.

—Pues le envidio. Menos mal que pronto llegaremos al chalé.

Más montañas nevadas. Pasaron por encima de las aguas lacustres, de nuevo montañas y nieve… El helicóptero comenzó a descender. A la izquierda quedaban los lagos y las luces de las poblaciones ribereñas. Era imposible saber a la altura de cuál de éstas se hallaban. ¡Podían ser tantas!: Olcio, Lierna, Fiumelatte, Varenna, Bellano, Dervio, Plinio. Corenno… No, tan arriba ya no.

Como máximo, Bellano.

A medida que descendían, Pedro iba viendo mejor las luces. No tardó en comprender que pertenecían a una casa de montaña, aislada. No había nada más allí, sólo las luces de aquella casa, de aquel chalé de alta montaña. Abajo y a la izquierda, muy lejos, las luces de las poblaciones de la orilla del lago. El descenso en esquíes desde allí debía ser emocionante y terrible…

El helicóptero se posó sobre la nieve, apenas a veinte metros del chalé…

El viaje había durado casi tres horas.

—¿La señorita Strom está aquí? —preguntó Pedro.

—Ignoro si ya ha llegado. Pero si no está, estará. Ahora, señor Alarcón, nos dedicaremos todos a descansar, pues son casi las dos de la madrugada, y yo, francamente, tengo un frío horrible. Mañana lo recibirá Fifi.

—¿No puedo ver a la señorita Strom esta noche?

—Ya le he dicho que no sé si ha llegado. Lo llevarán a una habitación. Descanse, eso es todo.

—Está bien.

Saltaron del helicóptero, Pedro ayudando a Claudine, que lo miró de un modo extraño, y no se movió de sus brazos hasta que él inició el gesto para soltarla. Myung caminaba ya hacia la casa, y se volvió a mirarlos. Claudine se apartó de Pedro, y ambos caminaron sobre la crujiente nieve hacia la casa, de la que acababan de salir dos hombres. Detrás salieron otros dos.

—¿Ha llegado la muchacha? —preguntó Claudine cuando estuvieron ante ellos.

—Desde luego. ¡Y hasta hemos tenido tiempo de violarla todos!

Se echaron a reír. Claudine se volvió, para mirar a Pedro, que permanecía impasible.

—No les haga caso. Fifi ordenó bien claramente que la muchacha era sagrada, igual que usted. A ella la ha utilizado como cebo para usted, eso es todo.

—¿Y para qué piensa utilizarme a mí?

—Yo sólo quiero ir a acostarme con Fifi. Mañana sabrá usted todo lo que tenga que saber. Le acompañarán a su habitación… Sería estúpido que intentase escapar.

—He venido en busca de la señorita Strom, y no me iré sin ella.

Para hacerlo así, no tendría objeto que me hubiese entregado mansamente a ustedes.

—¡Claro! Bien, buenas noches.

CAPÍTULO X

—Buenos días, señor Alarcón… ¿Ha descansado bien? ¿Lo suficiente?

Pedro se volvió hacia la puerta del cuarto, dejando de mirar por la ventana hacia la nieve, que relucía al sol. Allá estaba de nuevo la bella Claudine. Más bella que nunca… Dentro del enorme chalé había una calefacción formidable, de modo que la muchacha se permitía ir poco menos que con ropa estival, siempre mostrando sus hermosas carnes blanquísimas; los senos casi le saltaban fuera de la blusa, y sus muslos vibraban como seda tensa, a cada paso. Sus ojos eran azules, preciosos, grandes.

—Hace ya horas que estoy despierto —murmuró Pedro—. ¿Cuándo veré a la señorita Strom?

Claudine frunció el ceño.

—No entiendo por qué tanta impaciencia —refunfuñó—: creí que le alegraría más comenzar el día viéndome a mí. ¿Sabe una cosa?: cuando me dijeron que usted acudiría a meterse en la trampa si le amenazábamos con decapitar a la inválida, no lo creí. Pero Fifi, que se había pasado días estudiando el caso, dijo que sí. Dijo que le había catalogado muy bien a usted, y que sabía cómo manejarlo. Sobre todo, cuando usted comprendiese que había hecho venir del Sudeste de Asia unos cuantos aventureros budokas…

—Aventureros a secas. Nada de budokas.

—¿Por qué no?

—Lo que vi anoche no lo hacen unos budokas.

—Ya. ¿Le gusta el paisaje?

—Siempre me ha gustado la nieve. Me pregunto cómo hacen ustedes para ir y venir al chalé. ¿Se puede llegar a pie a la orilla del lago, a cualquier población?

—Depende de sus piernas —rió Claudine—. Yo no lo intentaría, desde luego. Generalmente, utilizamos los helicópteros. Fifi tiene

tres.

—Debe ser muy rica.

—Sí —rió Claudine—. Y quiere verle ahora. ¿Vamos?

—¿No hay camino hacia la orilla del lago? ¿Ni siquiera una senda?

Claudine se quedó mirando a Pedro con amable ironía.

—En primavera y verano hay una senda por la que incluso puede circular un coche con buenos amortiguadores. Pero ya no. Estamos en octubre, señor Alarcón, y si usted quiere bajar a Bellano, deberá utilizar un helicóptero. O unos esquíes… Aunque esto no es muy aconsejable a menos que sea usted un esquiador muy hábil, muy experto. Ocurre que para llegar abajo desde esta altura de más de mil setecientos metros, tiene que cruzar valles profundos, volviendo a escalar para poder deslizarse por el otro lado. Naturalmente, hay ventisqueros, simas profundas, grietas ocultas por capas de nieve que pueden ceder en cualquier momento… Para viajar con esquíes por estos lugares, en dirección a Bellano, hay que tener piernas y corazón de acero. ¿Lo comprende?

—Sí.

—Y sobre todo, saber cómo moverse por la nieve. ¿Lo sabe usted?

—Sí.

—¿De veras? —Parpadeó Claudine.

Pedro no contestó. Claudine estuvo esperando en vano unos segundos, y por fin señaló por encima de su hombro hacia la puerta.

—Fifi nos está esperando —murmuró.

Fifi los estaba esperando en el gran salón del chalé de montaña. Apenas entrar, Pedro se dio cuenta de que los muebles habían sido desplazados de lugar, y arrinconados todos de modo que ocupasen el menor espacio posible, dejando así disponible prácticamente todo el salón, de piso de madera. Fifi estaba al fondo, sentado en uno de los sillones arrinconados.

Y al verlo, Pedro comprendió cuánto se había equivocado. El nombre de Fifi le había sugerido una mujer, pero evidentemente, Fifi no era una mujer. Era un hombre que debía medir cerca de los dos metros, poderoso, grueso. Como el mismo Pedro, respiraba fuerza cuando descansaba. Llevaba la cabeza completamente afeitada, tenía los ojos pequeños, el rostro de facciones grandes y

sueltas, como blandas. Sus manos eran enormes. Ni siquiera debía tener cuarenta años. Era la imagen de la fuerza. De una espantosa fuerza increíble. Su aspecto, ataviado con un bonito batín de seda roja, no podía ser más pacífico y bonachón, pero Pedro hacía tiempo que sabía ver más allá de la imagen de cualquier persona.

Se detuvo delante de Fifi, que lo contempló atentamente, de arriba abajo. No con desprecio. Simplemente, lo examinó con toda atención. A los lados y detrás de él, habían varios hombres, uno de los cuales era Myung, que sonreía perversamente. Pedro vio más orientales en el grupo, pero eso ya no podía sorprenderle. Conocía bien aquella clase de sicarios que, tras entrar en conocimiento de determinadas habilidades de lucha se empleaban en servicios bien pagados, como simples guardaespaldas, matones, asesinos…

—Tercer Dan de judo —dijo de pronto Fifi, en francés, con voz un tanto bronca—. ¿Y qué más?

—Nada más-replicó Pedro: —San Dan de judo, esto es todo.

—Las habilidades de usted para la lucha parecen indicar que sí es algo más, señor Alarcón.

—Conozco algunos golpes sueltos de karate, y pequeños trucos de defensa personal. Cualquier judoka de mi grado tiene esos mismos conocimientos, por lo menos.

—Sí, ya sé. ¿Se da usted cuenta, señor Alarcón, de que si yo quisiera, usted ya estaría muerto?

—Sí.

—¿Y no se pregunta por qué sigue con vida?

—Sí.

—Pues le voy a contestar —sonrió, de pronto, Fifi—. También yo soy un… practicante de las Artes Marciales. ¿Ha practicado usted sumo alguna vez?

—El sumo no está encuadrado dentro de las Artes Marciales.

Fifi movió una mano, como quitando importancia al asuntó.

—No vamos a discutir eso. ¿Ha practicado sumo?

—No.

Fifi volvió a sonreír.

—Mi nombre auténtico es Fritz Fiedrick, señor Alarcón… Pero mis amigos me llaman Fifi, utilizando la fonética de mis iniciales. Soy alemán, en efecto. Aunque de acuerdo a mi… trayectoria financiera podríamos decir que soy internacional. ¿Me va usted

comprendiendo?

—No. ¿Dónde está la señorita Strom?

Fifi frunció el ceño. Miró a Myung y le hizo un gesto.

—Myung es coreano —explicó Fritz Fiedrick—. Un servidor fiel y tenaz. Lo conocí hace años, durante mis viajes por Oriente, y lo contraté. Ha sido él quien en estos días, desde que usted hizo su… pequeña exhibición, se ha dedicado a contratar a más hombres. No se sorprenda de que no le haya hecho matar, simplemente: usted puede ser interesante. Al menos, para mí, que a mi manera también soy un budoka. ¿Se sonríe usted?

—No. Cada cual es muy libre de creer lo que quiera sobre sí mismo. Que su creencia esté bien fundada o sea una fantasía, ya es otra cosa.

—Es decir, que usted no me considera un budoka.

—No tengo suficientes conocimientos sobre usted para juzgarle.

—Es usted muy sensato y comedido… hasta que llega el momento de la pelea, según me han contado. Mire a su alrededor… ¿No le parece que está usted en el domicilio de un budoka?

Pedro Alarcón miró alrededor. Naturalmente, lo que había en las paredes no había sido necesario moverlo para dejar espacio en el salón, así que pudo ver las diversas armas orientales que adornaban parte de una de ellas, hacia el rincón. Habían cuadros, una librería, trofeos deportivos, y, en aquella parte, armas orientales.

—Cualquiera puede comprar esas armas y colocarlas en una pared —musitó Pedro.

Fritz Fiedrick alzó las cejas, y acabó sonriendo y encogiendo los hombros. Dejó de mirar a Pedro para volver a mirar aquellas armas, y de nuevo miró a Pedro.

—Es cierto —admitió por fin—. De todos modos, le aseguro que Myung sí es un budoka. Creo que antes de entrar a mi servicio había alcanzado el segundo Dan de Tae Kwon Do… Lo que la gente profana llama el Karate Volador. El Tae Kwon Do es, simplemente, el Tae Kwon Do. ¿No está de acuerdo, señor Alarcón?

—Sí.

—Muy amable. En cuanto a este grupo de… bestias que está usted viendo a mi lado, son, en efecto, simples sicarios, pero todos, ellos muy bien entrenados para la lucha, como habrá comprobado usted por lo sucedido en casa del señor Strom. Y a propósito del

señor Strom ¿sabe usted si ha variado de modo de pensar respecto a mi petición?

—Ni el señor Strom, ni yo, le permitiremos que utilice usted su fábrica para fabricar nada.

De nuevo sonrió Fifi, como divertido. Iba a decir algo, pero en ese momento regresaba Myung, empujando ante él el sillón de ruedas de Ulla. Pedro volvió la cabeza, palideció al ver a la muchacha, y se acercó a ella inmediatamente. Ulla le tendía las manos, tras tomarlas, Pedro se inclinó hacia la muchacha, y la besó en los labios, que notó temblorosos un instante.

—Ulla… Ulla…

—Estoy bien, Pedro —aseguró ella con voz aguda—. Me han tratado bien, no me han lastimado…

—La actitud de ustedes resulta enternecedora —intervino Fritz Fiedrick con su recia y bronca voz—, pero delata excesivamente sus sentimientos, con lo que los dos quedan en eran inferioridad de condiciones. Y también el señor Strom está ahora en inferioridad de condiciones, naturalmente.

—¿Qué quiere decir? —Se volvió Pedro de nuevo hacia él.

—Quiero decir que el señor Strom no debió permitir nunca que las cosas llegasen a estos extremos. En estos momentos, por supuesto, está muy bien advertido de lo que va a ocurrirle a su hija si él hace determinadas revelaciones a la policía, y eso debió comprenderlo desde el principio: todo aquel que ama, es débil, o cuando menos, tiene un punto demasiado vulnerable. En el caso del señor Strom, y de usted mismo, señor Alarcón, ese punto vulnerable es una pobre muchacha paralítica y con media cara convertida en un horror. No les comprendo bien a ustedes, pero así es. Es una buena carta para mí, y la jugaré.

—¿Qué es lo que pretende usted, exactamente?

—Fabricar determinado producto químico. Tenía necesidad de una fábrica, y la del señor Strom fue la elegida. ¿Le gustaría a usted conocer mis planes, señor Alarcón?

—Sí.

—Se los voy a explicar con mucho gusto —Fritz Fiedrick se puso en pie, haciendo una seña a Pedro, que se acercó a él, empujando el sillón de Ulla—. Venga, le mostraré, incluso, una pequeña maqueta.

A un gesto suyo, algunos de los muebles arrinconados fueron

apartados, hasta dejar expedito el camino hacia una mesita especial, sobre la cual, en efecto, había una maqueta. La mesita fue colocada de modo que Fifi, Pedro, Ulla, Claudine y Myung la podían ver perfectamente: representaba, simplemente, un trozo de costa.

—Es la parte del litoral francés, cercano a Niza, donde está un pueblecito llamado La Mouette. Es un lugar encantador, ¿no es cierto, Claudine?

—Sí que lo es —asintió la bellísima rubia.

—Quizá ustedes hayan estado en La Mouette —sugirió Fifi.

Pedro negó con la cabeza, pero Ulla asintió. Un dedo enorme de Fifi señaló la maqueta.

—Observen qué preciosidad de costa, de playa, de construcciones… Es un lugar tranquilo, romántico, amable. Tiene pocos habitantes, la mayoría de los cuales viven de la pesca…, y del turismo en la medida que pueden, claro está. Creo que hay en La Mouette unos… mil quinientos habitantes. Estoy hablando de la población fija, claro. En la época amable, la población alcanza casi veinte mil habitantes, tal es la cantidad de veraneantes. La gente, señor Alarcón, tiene muy buen gusto, así que, siempre que pueden, se desplazan a los mejores lugares del mundo. Lo cual es lógico, pues los hombres, por lo general, son animales muy amantes del confort. Observo qué le estoy desconcertando. ¿Verdad?

—Simplemente, no comprendo adónde quiere usted ir a parar.

—Es natural. Veamos, le estoy hablando de un lugar costero, en plena Costa Azul nada menos, que es como un pequeño paraíso… ¿Sabe usted a quién pertenece ese paraíso?

—No.

—Pues, a unas mil quinientas personas que no saben bien lo que tienen. Pescadores, obreros miserables de trabajos absurdos, viudas ancianas… Gente así.

—¿Qué quiere usted decir con gente así?

—Pues quiero decir gente que no cuenta en el mundo. Gente que no sirve de nada a nadie. A mí me pareció que esa gente debería sentirse muy contenta de que yo les comprase su casa, sus patios, sus pequeñas propiedades… Y para mi asombro, ni una sola persona quiso venderme su propiedad.

—¿Quiere decir que usted quería comprar… todo el pueblo de La Mouette?

—Así es. Pero no yo solo, no soy tan rico, desdichadamente. En realidad, yo soy la cabeza visible de un grupo financiero, que habíamos llegado a la conclusión de que adquirir La Mouette para construir en ella una zona residencial, sólo para privilegiados, podría ser el gran negocio de nuestras vidas. ¿Usted es capaz de captar la magnitud de este negocio?

—Me temo que no. Yo no soy financiero.

—La Mouette, simplemente, podría ser convertida en un auténtico paraíso, por vivir en el cual disputarían los hombres más ricos del mundo. Al parecer, nadie ha reparado en esto, pero ese lugar es el ideal, por todo; situación, clima, terreno, playa, costa rocosa, comunicaciones y accesos… Es una idiotez que permitamos que lo estén disfrutando mil quinientas personas que no son nada ni nadie en este mundo. Así que decidimos comprarlo, urbanizarlo adecuadamente y vender residencias en La Mouette a los grandes millonarios del jet set internacional. La inversión, en principio, sería pequeña, ya que no pensábamos pagar demasiado por La Mouette a sus moradores. Luego, aumenté un poco el precio, pero seguían negándose. Volví a aumentar, y volvieron a negarse a vender… Comprendí que por las buenas no podríamos sacarlos de ese lugar que no les corresponde…

—¿Ese lugar, le corresponde a usted y a personas como usted?

—Pues no sé —rió Fritz Fiedrick—, pero lo cierto es que esos miserables seres no tienen derecho a gozar de lo bello mientras hayan personas de más categoría que puedan pagarlo. ¿No está de acuerdo, señor Alarcón?

—En absoluto.

—Peor para usted. La inversión, como le decía, podía haber sido medianamente importante, pero, en un par de años, habría producido el cinco mil por cien de beneficios… No sé si usted es capaz de captar la magnitud del negocio, pero nosotros, mi grupo y yo, sí. De modo que decidimos unir nuestros capitales y nuestros esfuerzos en busca de una solución que nos permitiera convertirnos en propietarios de La Mouette. Tardamos muy poco en comprender que no sería posible por las buenas, como ya le he dicho, de modo que decidimos jugar a nuestro modo…

—¿Con una epidemia?

—En efecto… —alzó las cejas Fifi—. La idea la tuvimos con todo

ese asunto que ha ocurrido en Italia sobre unos gases que escaparon de una fábrica, o algo parecido… ¿Por qué no podía ocurrir lo mismo en La Mouette? Pero en La Mouette no hay fábricas de nada… Pescadores y pequeños oficios, la mayoría de artesanía, con vistas al turismo. Entonces, yo tuve la idea: buscar a alguien que fabricase un gas, para… ahuyentar a los habitantes de La Mouette. Encontré a un químico que me ofreció un gas de características convenientes, pero que no podía fabricarlo en su casa, así como así. Necesitábamos una fábrica y sobre todo, un medio para inundar con ese gas La Mouette. Finalmente, elegimos la fábrica de Strom. En ella fabricaríamos el gas y con uno de sus camiones-cuba lo transportaríamos de Niza a Marsella. Desdichadamente, el camión volcaría en La Mouette, el gas se expandiría provocando una epidemia terrible, y los vecinos tendrían que abandonar el pueblecito… Posteriores investigaciones estatales demostrarían que la epidemia era muy peligrosa, y que La Mouette no podría ser habitada durante más de un año. Entonces, mi grupo intervendría, generosamente, bondadosamente, ofreciéndose a comprar a esos pescadores sus propiedades, a fin de que pudiesen adquirir nuevas viviendas en otros lugares, atender sus vidas, sus necesidades médicas debido al gas epidémico… Quedarían como personas bondadosas y tendríamos La Mouette.

—¿A costa de cuántas muertes? —musitó Pedro.

—¡Oh, bueno!, ya sabe; en estos casos siempre existen algunas personas de escasa resistencia, que fallecen…

—¿Cuántas?

—Calculamos que el cincuenta por ciento de la población.

—Es decir, que ustedes estaban dispuestos a asesinar a setecientas cincuenta personas con tal de…

—Serían algunas más. No olvide que en La Mouette siempre hay turistas. En octubre, la cantidad baja considerablemente, pero aún quedan muchos. Nosotros habíamos calculado que la mortandad sería de unas dos mil quinientas a tres mil personas. Claro está, las demás se apresurarían a desaparecer de allí.

—Está loco. La policía los detendría en el acto.

—No es probable. Oficialmente, el camión-cuba de Strom habría debido contener una gran producción de lavanda con destino a una envasadora de Marsella, así que nadie nos molestaría a nosotros.

—Pero la policía iría a interrogar al señor Strom y…

—No podrían hacerlo. Desdichadamente, el señor Strom se suicidaría en cuanto supiese lo ocurrido. Quiero decir, claro está, que nosotros lo suicidaríamos convincentemente. De este modo, la policía podría pensar lo que quisiera, pero no sabría nunca la verdad. Y no iba a sospechar de buenas gentes que se ofrecían a comprar un pueblo que debía ser abandonado y no habitado durante un año por lo menos, ¿no le parece, señor Alarcón?

—Usted y sus amigos son unos criminales —musitó Pedro—. Si no puedo hacerlo yo en esta ocasión, *Sensei* se encargará de ustedes, uno a uno, o todos a la vez.

—¿De quién me está usted hablando? —Sonrió Fifi.

—Ustedes forman una organización… De acuerdo. Yo también pertenezco a otra: su nombre es Kuro Arashi, o si lo prefiere en francés, Negra Tempestad. Es la tempestad que *Sensei* envía y seguirá enviando contra gente como usted y sus amigos. *Sensei* puede disponer de cientos, de miles de budokas mejores que yo que lo aplastarán a usted, que lo aniquilarán, que lo engullirán en una negra tempestad… Usted, señor Fiedrick, jamás podrá cumplir sus propósitos, porque *Sensei* ya le ha señalado. Si yo muero, otros vendrán… Y ya veremos quién puede más; si usted y su poderosa organización de millonarios criminales, o los discípulos que *Sensei* lanzará contra usted como una tempestad… tan negra que jamás volverá a haber luz para ustedes. A cada segundo que pasa, comprendo mejor a mi Maestro, a cada segundo que me acerca a la muerte, vislumbro con más claridad mi futuro dedicado a la bondad y a ayudar a mis semejantes, a cada segundo que se agota de mi vida siento más y más agradecimiento por mi Maestro, que no sólo me encauzó en un momento estúpido de mi vida, sino que me ha hecho ver con claridad mi futuro… ¿Piensa matarme, señor Fiedrick? Hágalo, y otros budokas irán llegando hasta usted…, hasta que uno de ellos le corte la cabeza…, si no lo he hecho yo antes.

Fritz Fiedrick parecía enfadado, pero, de pronto, se echó a reír, con grandes carcajadas. Todo su enorme cuerpo poderoso tembló a impulsos de la risa. Sus hombres le miraban sin comprender, excepto Myung, que le imitó, y Claudine, que sonreía muy divertida.

—¡Es usted fantástico, señor Alarcón! ¿Se da cuenta? ¿Me comprende ahora? ¡Por eso no quise que mis hombres se limitasen a matarlo…! ¡Claro que no! Usted merece un destino especial, así que decidí reservarlo para divertir a mis amigos… y hacerles una pequeña demostración. Esta tarde comenzarán a llegar mis invitados; gente de mi grupo, ya sabe. Vendrán con hermosas mujeres, y pensamos organizar una fiesta… ¿cómo lo diría yo?…, romana. Sí, una fiesta romana, una… orgía en la que alguien será arrojado a las fieras. ¿Se le ocurre quién puede ser ese alguien? ¿Se le ocurre quiénes pueden ser las fieras?

—¿Qué piensa hacer con la señorita Strom?

—¡Cómo…! ¿No le interesa lo que le ocurra a usted? ¡Porque yo estoy hablando de usted y de mis hombres, señor Alarcón!

—Lo sé. ¿Qué pasará con Ulla, con la señorita Strom?

—En las actuales circunstancias, mucho me temo que el señor Strom ha dejado de serme útil, ya que ha atraído sobre él la atención de la policía. Así que tendré que buscar otro industrial de sus características. Y en estas circunstancias…, ¿para qué me sirve el señor Strom, y menos aún su hija?

—¿Piensa matarla? —Palideció Pedro.

—Pero no de cualquier manera… —sonrió Fifi—. Ustedes dos van a ser el espectáculo para mis amigos esta noche. Cada uno a su modo, harán un servicio. Usted, señor Alarcón, luchará conmigo. Y la señorita Strom divertirá a mis hombres, uno tras otro, antes de ser… llevada a dar un último paseo por la nieve. Nosotros… esperamos que esto le demuestre a usted claramente nuestro disgusto por haber entorpecido nuestros planes. Y mañana, después de la fiesta, me encargaré adecuadamente del señor Strom, que espero haya sido lo bastante inteligente para no mencionar a la policía el asunto del gas epidémico; lo sensato en él habrá sido inventarse un asalto de locos, o algo así…, porque él sabe que si mis planes fracasan le ocurrirá algo atroz a él mismo y a su hija. Lo que no sabe es que, de todos modos, y mientras él creerá que tengo viva a su hija para poder presionarle, la joven y desdichada señorita Strom estará ya muerta, violada, enterrada en la nieve…, abrazada a lo que quede del cuerpo de usted, señor Alarcón. Ya que tanto parecen amarse, voy a tener la magnanimidad de unir sus cadáveres bajo la nieve. Myung, llévatelos a los dos de aquí. Claudine, tienes

que organizar los detalles de la fiesta, ya sabes…

CAPÍTULO XI

—Por favor, Pedro… —suplicó una vez más Ulla Strom—. Te lo suplico mátame antes de que esos hombres me maltraten esta noche. ¡Te lo ruego, mátame!

—Ya hemos zanjado esa cuestión, mi amor —musitó Pedro, besando a la muchacha en la boca—, y te he dicho cuál es mi postura; la vida es demasiado preciosa para que uno mismo se prive de ella.

—Pero si tú me matas, no habré sido yo quien me haya privado de la vida… ¡Me sucederá algo horrible si no me matas!

Pedro Alarcón movió negativamente la cabeza, y se puso en pie junto a la cama de la habitación donde los habían encerrado a los dos. Cuando miró a Ulla, ella giró velozmente la cara, ocultando las cicatrices a Pedro, que podía verlas desde su nueva situación.

—¡No me mires!

Pedro sonrió, moviendo la cabeza.

—No olvides lo que me has prometido, Ulla; si salimos de esta situación apurada, irás a Suiza y te someterás a las operaciones de cirugía que hagan falta. Y no me refiero sólo a tu cara, sino a las piernas, también.

—De todos modos… quedaría horrible… No es posible que realmente me ames, Pedro.

Éste se limitó a sonreír, y se acercó a la ventana. Ya era de noche. Alrededor del hermoso chalé sólo se veía el brillo de la nieve bajo las luces de la casa, encendidas en mucha mayor abundancia que la noche anterior, cuando él había llegado en el helicóptero. La distancia desde aquella ventana hasta la nieve era de unos cuatro metros; distancia que Pedro podía salvar con toda facilidad. Un simple salto, y podría escapar. No temía a la nieve, en absoluto. Sabía que podía caminar por ella mucho tiempo; resistir tanto, que pocos hombres podrían seguirle… Pero estaban los helicópteros.

Tres helicópteros. Y además, no se marcharía sin Ulla…

Así estaban las cosas. Unos pocos días antes, apenas una semana, era un bello ejemplar que iba a ser adquirido por una cuarentona vanidosa más que apasionada. Ahora, simplemente, estaba al borde de la muerte… Pero por fin se había encontrado a sí mismo. Aunque ese encuentro le iba a costar caro. Sabía que los tres helicópteros habían regresado ya de recoger a los invitados de Fritz Fiedrick, y que esperaban al otro lado de la casa, en la parte del garaje, el momento de volverlos a llevar a la orilla del lago, desde donde regresarían a sus respectivos domicilios…, después de haberse divertido con él y con Ulla.

La puerta del dormitorio se abrió cuando los pensamientos de Pedro iban por estos derroteros. Se volvió, mirando sorprendido a Myung, que vestía pantalones y jersey rojos, de lo más llamativo. Pero no era el único, ya que tras él tres de sus rufianes contratados en el sudeste asiático vestían idénticas prendas, como si se tratase de un uniforme. Ulla se había apresurado a taparse con las ropas de la cama, con lo que consiguió una sardónica sonrisa del coreano, que miró a Pedro y señaló hacia la puerta.

—Los dos afuera. Los esperan en la fiesta.

Pedro no contestó. Ayudó a Ulla a terminar de vestirse, pensando que su amor había durado bien poco. Luego, la colocó en la silla y la empujó hacia la puerta, ignorando la mirada suplicante de ella. Mientras hubiese vida, lucharía por conservarla; era absurdo matarla, o suicidarse… Absurdo. Algo podía ocurrir, en cualquier momento, que los ayudase…

Al llegar a la planta baja, la silla de ruedas fue depositada en el suelo, y Pedro comprendió que debería empujarla él solo, hacia donde señalaba Myung: el gran salón.

Cuando entraron allí comprendió que los festejos estaban en todo su apogeo. La mayor parte del salón continuaba libre, mientras que en el otro lado había sido instalada una gran mesa cuyos comensales miraban todos hacia el centro del salón, ocupando solo un lado de la mesa. Algunos criados, éstos vestidos como correspondía, servían a los invitados. Habían hombres y mujeres… Mujeres verdaderamente hermosas, que contemplaban con curiosidad a los recién llegados. Los hombres eran todos de mediana edad, de ojos inteligentes, miradas frías, facciones

pálidas… En el centro de la mesa, Fritz Fiedrick, que llevaba por indumentaria un extraordinario batín de color rojo intenso, que contrastaba con las serias y elegantes ropas de sus invitados…

—Acérquese, señor Alarcón; mis invitados tienen curiosidad por conocerlos bien a los dos.

—No… —gimió Ulla—. No, no, no…

Pedro se pasó la lengua por los labios y empujó el sillón hacia la gran mesa. Junto a Fifi, estaba Claudine, bellísima; le faltaba un milímetro para tener los senos blanquísimos y preciosos fuera del escote. El silencio era total, todos estaban pendientes, de ellos.

—Mis hombres —dijo de pronto Fifi— están esperando el momento de divertirse con la señorita Strom en nuestra presencia. Será divertido para todos. Excepto para usted, señor Alarcón, que estará en condiciones físicas poco recomendables, ya que antes de luchar conmigo va a ser debidamente… ablandado. No tengo porqué fatigarme en exceso, ¿no le parece?

Pedro no contestó. Fifi sonrió secamente, y de pronto hizo un gesto a Myung, que se acercó por detrás a Pedro y, sin más complicaciones, le descargó en los riñones una patada lateral, la fortísima Yop Chagui, que pilló a Pedro por sorpresa y le hizo caer de rodillas un metro más adelante. Tras él, Pedro oyó el grito de espanto de Ulla.

Y delante, la voz de Fritz Fiedrick nuevamente:

—Myung me ha pedido el privilegio de empezar en solitario con usted, señor Alarcón. Al parecer, está disgustado por lo que usted demostró saber y poder cuando mis cinco enviados quisieron molestarlos a usted y al señor Strom. Myung tiene mucho amor propio.

Pedro volvió la cabeza y miró a Myung, que le esperaba a pie firme, cerrados los puños, sonriente, en Kiba Dachi, o Postura del Caballero de Hierro, por su semejanza a la que se adopta al cabalgar; bien asentados los pies en el suelo, preparados los puños, Myung esperaba el ataque del judoka Pedro Alarcón.

La actitud de éste desconcertó a todos, que parecían dispuestos a pasarlo alegremente con el divertidísimo programa que les había prometido Fritz Fiedrick; simplemente, también Pedro esperó. No hizo más que ponerse en pie, colocarse un poco de lado con respecto a Myung, y esperar, colgando las manos, con naturalidad, a

los costados.

Fifi frunció el ceño.

—¡Vamos, Myung, no podemos esperar toda la noche! —gruñó.

El coreano lanzó un alarido, un vibrante kiai, y corrió hacia Pedro saltó, las dos piernas a la misma altura, los pies por delante en terrible Modumbal Ap Chagui… Disparó los dos pies a la vez, en un golpe suficiente para romper la cara y el cuello de Pedro, pero Pedro ya no estaba allí. Pedro se había apartado lo suficiente, y cuando Myung pasó junto a él le golpeó en un pie con una mano, desviando su trayectoria, y esperando que el coreano cayese de cabeza al suelo.

No sucedió así.

Como un gato, Myung giró de nuevo, y cayó tres metros más allá, flexionadas las piernas perfectamente, apoyando las manos de salientes nudillos en el suelo…

—¡Vamos, vamos, Myung! —exigía Fritz Fiedrick, viendo que sus invitados se aburrían.

El coreano no debió escuchar a Fifi. Debió seguir haciendo su combate, simplemente, a su aire y método. Pero, por querer complacer tan rápidamente a su jefe, perdió el ritmo de ataque… Se acercó a Pedro, plantó el pie izquierdo firmemente en el suelo, y la pierna derecha describió una fulgurante patada semicircular, dirigida a la cabeza de Pedro… La Dollio Chagui iba bien dirigida, pero Myung estaba impaciente, tenso… Pedro paró el golpe con el antebrazo, se metió por el lado interno de la pierna de Myung, y le descargó a éste un rodillazo en los testículos. Myung lanzó un alarido… y un instante después estaba volando como un meteoro debido al potentísimo uchimata aplicado por Alarcón San Dan, que lo cargó en su cadera derecha disparando esta pierna hacia arriba por entre las dos de Myung.

Fue un vuelo espectacular y una caída terrible. Myung se dio de cabeza contra el borde de la mesa de los invitados, cayó, se puso en pie rápidamente, semiaturdido… y allá estaba de nuevo Pedro, implacable, inalterable, atacando durísimamente con o soto gari…

Si los invitados querían acción y emoción, aquél fue un buen principio. La pierna derecha de Pedro pasó junto a la derecha de Myung, Pedro se inclinó de tal modo que su cabeza casi tocó el suelo con la frente, mientras la pierna derecha se alzaba, llevando

de viaje a Myung, y la mano derecha del judoka, ayudándose con fuerza en pleno rostro del coreano, empujaba en la misma línea de desequilibrio que marcaba con la izquierda empujando el brazo derecho de Myung… La cabeza de éste se incrustó, por la parte posterior, contra el borde de la mesa nuevamente; se oyó un crujido siniestro, el estertor de Myung, apareció la sangre en el blanco mantel… y Myung cayó muerto a los pies de Alarcón San Dan, rota la base del cráneo.

Por un instante, hubo como un escalofrío colectivo, pero la voz de Fifi impidió que el espectáculo se detuviera:

—¿Qué esperáis? ¡Todos contra él, quiero que le deis una buena paliza…! ¡EEEHHHH…! —chilló, tirándose hacia atrás con la silla.

El cuchillo lanzado por Pedro, tomado de la mesa, pasó a menos de tres centímetros de la cabeza de Fifi, que cayó hacia atrás pálido como un muerto. Pedro tomó otro cuchillo, se puso de pie sobre la mesa con un salto que dejó estupefactos a los invitados, y miró a Fifi, caído en el suelo, y que le contemplaba con expresión desorbitada.

¡Fssss!, silbó el segundo cuchillo lanzado por Alarcón. La punta pasó de nuevo rozando a Fifi, que gritaba como un energúmeno, y arrancó chispas en el suelo, rebotando fuertemente vibrando…

Dos manos asieron a Pedro por los tobillos, y tiraron de él, haciéndole caer de bruces sobre la mesa, y luego arrastrándolo, de modo que cayó del mismo modo al suelo. En un instante, el budoka recibió una docena de puntapiés, pero sus manos cazaron uno de aquellos pies, efectuaron la torsión, y un hombre lanzó un alarido al romperse su pie como si hubiese sido de barro seco. Parando golpes con los antebrazos, Pedro Alarcón consiguió ponerse en pie y disparó su puño derecho en ura tsuki, escalofriante directo que mató en el acto a otro hombre, partiéndole la frente. Al instante, giró hacia la izquierda, aplicando ura ken al hombre que tenía allí; por la derecha, tras el giro velocísimo, atrapó el brazo de otro adversario, se lo retorció girando él al mismo tiempo, y, con el codo del otro hacia arriba, se colocó en el sobaco ese brazo, bajó el cuerpo y subió las manos, con las que sujetaba la muñeca…

¡Crash!, crujió el codo del hombre, partiéndose bajo la presión del waki gatame, de la Kansetsu Waza. El hueso apareció, astillado, reventando la carne aparatosamente, salpicando sangre a todos

lados… Otro rufián cayó sobre la espalda de Alarcón San Dan, que se inclinó hacia delante mientras su brazo derecho iba hacia atrás, pasaba por la nuca del enemigo y tiraba, haciéndolo caer delante de él en el suelo. Un terrible Tetsui en los testículos dejó al hombre paralizado, con la boca abierta, los ojos desorbitados, como muerto bajo el golpe que parecía un martillazo…

—Pero ¿qué estáis haciendo? —vociferó Fifi, ya en pie, y captando el movimiento de retroceso aterrado de sus invitados—. ¡Vamos, es sólo un hombre!

Por delante de Pedro, tres hombres atacaron a la vez… El primero quedó frenado, con la boca convertida en papilla al recibir el ura tsuki, y cayó de espaldas. El segundo salió rebotado en su cadera, volando a impulsos del harai goshi, y cayó sobre la mesa de los invitados, que ya puestos de pie retrocedían más y más…

El tercero cayó sobre Pedro… y ése fue verdaderamente el principio de la paliza. No podía atender tantos enemigos a la vez, y en un instante se vio cubierto por la masa de vociferantes rufianes, que golpeaban con sus peores deseos…, hasta que uno de ellos se dio cuenta de que Pedro Alarcón colgaba como muerto de sus brazos, y lo dejó caer al suelo, dando un grito de aviso.

En el súbito silencio, sólo se oyó el sollozo de Ulla Strom, que escondió el rostro entre las manos al ver el estado de Pedro, y rompió a llorar. Un extraño frío parecía haber penetrado en la casa de alta montaña de Fritz Fiedrick cuando éste se acercó a Pedro Alarcón y le golpeó en un costado con un pie. Pedro ni se movió; tenía la cara y las ropas llenas de sangre.

—Despertadlo —sonrió Fifi—; así está bien maduro.

Pedro Alarcón recibió un despertar de privilegio; dos botellas de champaña francés fueron vaciadas al mismo tiempo sobre su cara ensangrentada, sostenida por uno de los rufianes. Respingó, gimió de dolor, se sentó en el suelo y volvió a gemir… Se sentía como roto, destrozado…

—De pie, judoka —oyó la voz.

Alzó la mirada. Lo veía todo turbio… Tardó algunos segundos en ir definiendo aquella enorme forma que tenía ante los ojos; Fritz Fiedrick, ahora ataviado solamente con un slip, relucientes sus carnes y sus grasas, repugnante con su tono sonrosado de piel que mostraba un ligero sudor… Pedro sacudió la cabeza, y las imágenes

se aclararon. Vio a Ulla, que le miraba ahora con los ojos muy abiertos… Alarcón San Dan sonrió a la muchacha, y al hacerlo le pareció que todo su rostro era pisoteado… Fifi se acercó a él, lo asió por los sobacos y lo puso en pie de un tirón, riendo.

—Te voy a dar un abrazo que… ¡AAAaaaAAAaaahhh…!

Fue Pedro quien le dio el abrazo a él. Sí; pasó su brazo derecho por la enorme cintura, asió la muñeca derecha de Fifi, giró colocándose casi de espaldas a él, cargó el peso en la cadera derecha, y culminó la proyección flexionando las piernas e inclinándose hacia delante… Fue un ogoshi perfecto, que elevó a Fifi más de un metro y acabó con él en el suelo, haciendo retumbar los cristales. Entre los invitados hubo murmullos, exclamaciones. Los sicarios de Fifi se dispusieron a atacar de nuevo todos en masa a Pedro…

—¡Quietos! —gritó Fiedrick, todavía en el suelo—. ¡Quietos todos! Que nadie intervenga… ¡Vamos a ver si el judoka puede con el *sumotori*!

El judoka, Pedro Alarcón, contemplaba a Fifi como si lo viese entre brumas, ora cercano, ora lejano. Habían zumbidos en su cabeza, le dolía todo el cuerpo, sentía náuseas… Vagamente, había comprendido que Fritz Fiedrick entendía de sumo posiblemente tanto como él de judo. En condiciones físicas normales, eso no le habría alterado demasiado; podía perder o ganar, tenía las mismas posibilidades de una cosa que de otra. Pero, estando machacado a golpes, bien maduro para que Fifi se divirtiese…

Le vio de pronto ante él, y notó sus brazos alrededor del cuerpo. Un instante más tarde, cuando aún no había tenido tiempo de reaccionar, Fifi giró una vez sobre sus pies, como una peonza, y lo soltó; Pedro salió despedido como si fuese un simple cigarrillo, y fue a caer cuatro metros más allá. Rodó por el suelo, se puso de rodillas y sacudió la cabeza… Le pareció que un elefante se acercaba a él, el suelo retumbaba… Notó unas manos enormes y blandas que le asían por los sobacos, fue alzado y lanzado de nuevo, esta vez contra la pared, rebotando duramente y cayendo de nuevo al suelo.

—¡Ya basta! —Oyó los gemidos de Ulla, muy lejanos—. ¡Ya basta, por favor, ya basta…!

Pedro se puso una vez más en pie, pero sus rodillas se doblaron, y volvió a caer. Otra vez entre brumas vio al elefante acercándose,

notó las grandes manos blandas al tacto, pero fortísimas, y se sintió fuertemente abrazado, terriblemente abrazado, espantosamente abrazado…

—¡AAAaaaAAAAhhhh…! —gritó su dolor, antes de perder el conocimiento.

CAPÍTULO XII

Lo primero que oyó fue el llanto de Ulla. Cuando abrió los ojos, vio sus cabellos color ceniza. Quiso acariciarlos, y emitió un gemido tan sólo al mover el brazo.

—Pedro… —ella se apartó un poco, para poder mirarlo—. ¡Oh, Pedro, mi amor…!

Alarcón San Dan intentó sonreír. Le dolía la boca, todo el rostro, todo el cuerpo. Se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo y que Ulla también estaba tendida en el suelo, abrazada a él. Y comprendió. Lo habían llevado al dormitorio, y lo habían tirado allí de cualquier manera. Y puesto que Ulla no tenía fuerzas para colocarlo en la cama, había optado por tirarse al suelo a su lado, y abrazarse a él.

—¿Qué ocurrió? —susurró.

—Te…, te trituró entre sus brazos… Pedro, estás muy mal, no podías luchar… ¡Es un cobarde, un criminal! Se reía de ti, y te apretaba… Hasta que te dejó caer al suelo y dijo que la diversión había sido mucha por hoy, que mañana continuaríamos…

—¿Estás bien? —Miró, de pronto, vivamente, Pedro—. ¿Te han…?

—No me han hecho nada. Fifi dijo que si tú no podías presenciarlo no tenía gracia. Convenció a sus amigos para que se quedasen como invitados aquí, para seguir mañana con la diversión a nuestra costa. Quiere volver a pelear contigo mañana. Pero antes habrá ordenado a sus hombres que jueguen conmigo, y te obligará a verlo…

Pedro suspiró profundamente, despacio. Todavía no coordinaba bien. Lo que sí comprendía ahora era el interés de Fifi por tenerlo allí, en lugar de ordenar simplemente que lo asesinasen. Había aprendido sumo, se sentía poderoso y la posibilidad de enfrentarse a un judoka con todas las de ganar, le divertía. Era una casualidad a

la que él y Ulla debían la vida, pues de otro modo ya habrían sido eliminados, sin más contemplaciones ni juegos…

—Ayúdame a ponerme en pie —murmuró.

—¿Yo? —jadeó—. ¿Yo a ti, Pedro?

—Hubieses podido hacerlo si hace tiempo te hubieses dejado operar —murmuró Pedro—. Pero no importa ya… Sólo quería que comprendieses.

—Lo siento… ¡Pedro, lo siento, siento no haber…!

—Ya no importa… —Pedro se movió hacia ella, conteniendo un gesto de dolor, y la besó en la nariz—. Ya no importa nada, Ulla. Pero sí importará si salimos de aquí. ¿Estás dispuesta a intentarlo?

—Pero… No te comprendo… ¿Cómo vamos a poder escapar de aquí? ¡Yo no podría ni siquiera intentarlo!

—Intentarlo, sí podemos. ¿Sabes si han dejado algún hombre vigilando afuera, en el pasillo?

—Me parece que sí…

Pedro asintió. Consiguió ponerse en pie, se acercó a la puerta y escuchó. Miró a Ulla y asintió con la cabeza. Luego, fue hacia la ventana, la abrió y miró hacia abajo. Allí no se veía a nadie, lo cual era lógico considerando la altura de cuatro metros bien cumplidos y el estado de Pedro. Y, sobre todo, el de Ulla Strom. Las probabilidades eran pocas, ciertamente. Pensó que quizá tendría más si aparecía, de pronto, en el pasillo y golpeaba al vigilante. Podía sorprenderle, pero inmediatamente aparecerían más, armados con pistolas, y aunque él utilizase la del vigilante, no podría escapar de ninguna manera, a menos que dejase a Ulla.

Y eso, no.

Se volvió hacia la cama, y retiró las sábanas. Rasgó una de ellas y, tras retorcerla, anudó los dos trozos, consiguiendo una cuerda de más de tres metros. Con la otra sábana rodeó el cuerpo de Ulla por los sobacos, anudó los extremos, y éstos a la primera cuerda conseguida. Ulla le miraba, en silencio, muy abiertos los ojos. Pedro la miró a su vez, por fin, y consiguió sonreír y darle un besito en los labios.

—Pedro… —musitó ella—. Pedro, te amo, te amo…

Él se llevó un dedo a los labios. Fue a apagar la luz del dormitorio y regresó junto a Ulla. La cargó en brazos y la llevó a la ventana. Ella había comprendido así que colaboró como pudo para

que él la descolgase. La operación fue más fácil de lo que le había parecido a Ulla, que, apenas un minuto más tarde, notaba la nieve en sus manos, el frío en sus piernas… La sábana cayó a su lado, confundiéndose con la nieve. Luego, la sombra oscura que pareció volar; Pedro cayó a su lado, con breve crujir de nieve.

Había un hombre vigilando los helicópteros. Al menos, Pedro sólo veía a uno. Estaba apoyado en uno de los aparatos, y en el hueco de su mano derecha brillaba la brasa de un cigarrillo. Siempre sin tener que dar explicaciones a Ulla, Pedro se dejó caer en la nieve, y comenzó a arrastrarse hacia el vigilante.

Seis o siete minutos más tarde, Ulla se sorprendió al verlo brotar de pronto junto al helicóptero, y la figura de Pedro se confundió con la del vigilante. Ulla Strom cerró los ojos. Iba a vencer Pedro… ¡Tenía que vencer Pedro, él lo merecía…!

Unos quince metros más allá, Pedro Alarcón seguía apretando implacablemente la garganta del sicario de Fritz Fiedrick. Había llegado hasta él por detrás, y le había agredido con Hadaka Jime, la estrangulación por detrás; Ahora, notaba en su brazo derecho la garganta del hombre, mientras con la mano izquierda ayudaba, tirando hacia sí de la derecha… Como una tenaza incontenible, el brazo de Pedro fue apretando, apretando, apretando… Tenía las piernas colocadas alrededor de la cintura del hombre, los pies en las ingles, colocado encima suyo, mientras él yacía de espaldas sobre la nieve… Sólo se oía el ronco y cada vez menos audible suspiro del sicario, que estaba muriendo de cara a las estrellas, despacio, víctima de una estrangulación de judo, poderosísima.

Finalmente, el silencio total.

Pedro apartó a un lado al hombre, y se puso en pie. Echó a correr hacia Ulla, la alzó en brazos y regresó hacia el helicóptero. En la noche, el vapor de su respiración parecía casi tan blanco como la nieve. Acomodó a Ulla en el asiento del helicóptero contiguo al del piloto, se acomodó él ante los mandos, y se dispuso a dar el encendido…, hasta que comprendió que la llave del contacto no estaba allí.

—¿Qué…, qué pasa? —Tembló la voz de Ulla.

El budoka saltó de nuevo a la nieve, y se dedicó a registrar al mercenario que acababa de matar. No tenía la llave. Pero sí tenía una pistola. Pedro regresó al helicóptero, y puso la pistola en las

manos heladas de Ulla.

—Tengo que ir a buscar la llave…

—¡No, Pedro…!

—Sin llaves no podemos escapar. Te dejo esta pistola. Si me matan, decide tú misma lo que quieres hacer, Ulla.

No esperó respuesta de la muchacha. Se dirigió hacia la casa, completamente a oscuras, en silencio todo. Y todo estaba cerrado… No. Atrás, la ventana de la cocina mostraba una abertura lo bastante amplia para que él pudiese introducir un brazo y acabar de abrirla. Desde la cocina, pasó por el pasillo de servicio, hacia el vestíbulo de la casa. Su mente funcionaba ahora a toda presión, con claridad. ¿Dónde podían estar las llaves de los helicópteros? Pues en la entrada de la casa, junto a la puerta. Cruzó el amplio vestíbulo, llegó junto a la puerta y fue tanteando, hasta encontrar el armarito. Lo abrió, metió la mano dentro y notó el contacto de varias llaves, no menos de una docena. Las tomó todas, guardándolas en los bolsillos…

Cuando se disponía a abrir la puerta, se encendió la luz del vestíbulo.

Pedro dio un respingo, y se volvió, demudado el rostro. Allá, en la puerta del salón, cubierto solamente con su batín de seda, estaba Fifi, que sostenía un vaso con *whisky* en la mano izquierda… y un *nunchaku* con la derecha. Estaba entre sorprendido y divertido.

—¿Va usted de paseo, señor Alarcón? —preguntó amablemente—. Estaba tomando tranquilamente un *whisky*, a oscuras, en silencio, reflexionando sobre lo sucedido con usted esta noche, cuando he oído el tintineo de unas llaves… Es usted en verdad sorprendente. ¿De veras está en condiciones de caminar? Aunque… Espere; ¡no habrá usted tomado por asalto uno de mis helicópteros…!

Pedro se pasó la lengua por los labios, y se volvió, dispuesto a abrir la puerta. Tras él, oyó el retemblar de toda la casa, y se volvió velozmente, a tiempo de esquivar el primer golpe que le lanzó Fifi con el *nunchaku*. La puerta crujió, el *nunchaku* fue hábilmente recogido por Fifi bajo un brazo, y el *sumotori* sonrió de nuevo.

—Es usted un hombre verdaderamente admirable, señor Alarcón —elogió—. Pero me está cansando…

¡TSUUUU…!, silbó de nuevo el *nunchaku* hacia Pedro. Éste saltó

hacia atrás, esquivando el golpe, giró y echó a correr hacia el salón. Tras él, toda la casa fue retemblando bajo las pisadas de Fritz Fiedrick… Cuando éste encendió la luz, Pedro estaba ya ante el paño de pared donde estaban colocadas las armas orientales, como adorno. Sin vacilar, sus manos asieron la katana, empuñándola con fuerza, y se volvió hacia Fritz, relucientes los ojos. Fifi palideció y quedó como clavado al suelo, en la entrada al salón. Cuando Pedro comenzó a caminar hacia él, Fifi sintió un profundo escalofrío. Allá tenía a un hombre que él había machacado, y que ahora se acercaba a él, con la más temible de las armas…, en el supuesto de que Alarcón San Dan supiese manejarla…

El gigantesco Fifi comenzó a gritar, y al mismo tiempo lanzó el *nunchaku* hacia la cabeza de Pedro, que lo esquivó fácilmente, pero cediendo un terreno que Fiedrick aprovechó, pasando muy cerca de él hacia las armas. A toda prisa, descolgó una naginata, y se encaró con Pedro, riendo, ahora, entre dientes. Teóricamente, con la naginata podía mantener a Pedro a raya, e incluso matarlo, venciendo a la katana. Pese a esto, no se confió, y siguió gritando… Arriba se oían voces, ruido de pies, palabras de desconcierto, llamadas. La voz de Claudine llegó con toda nitidez:

—¡Fifi no está conmigo! ¿Qué pasa? ¿Adónde ha ido?

—¡Aquí! —gritó Fiedrick—. ¡Todos al salón! ¡Todos al…!

No terminó de gritar esta llamada, porque Alarcón San Dan cargaba contra él, con terrible determinación en sus hinchadas facciones, destellando sus ojos como feroces rayos de luz negra… Sin dejar de gritar, ahora de pavor ante aquella decisión del budoka, Fifi apuntó hacia éste la naginata, pretendiendo ensartarlo, o, cuando menos, impedirle acercarse…

¡Saaaassttt!, silbó la katana en el aire. El golpe acertó el largo mástil de la naginata, partiéndolo como si hubiese sido de mantequilla. La parte peligrosa de la naginata saltó por el aire, fue a caer cerca de Pedro, y éste la apartó con un pie, sin mirarla, fija su mirada en los ojos, ahora aterrados, de Fritz Fiedrick.

—No… —jadeó éste—. ¡No, no, n…!

¡Saaaassttt!, silbó la katana, manejada con las dos manos, expertamente, por el budoka. Tras el silbido, el seco golpe del acero en el cuello de Fifi. Un golpe que cortó su grito, su vida…, su cuello. La cabeza de Fritz Fiedrick saltó de los hombros, como una

pelota recién rebotada, hacia el vestíbulo…, en el momento en que algunos nombres del *sumotori*, y los invitados, al frente de Claudine, se disponían a entrar al salón. La cabeza rebotó ante ellos, rodó y fue a quedar en el centro de todos, mientras el cuerpo caía de espaldas, lanzando un tremendo chorro de sangre por el cercenado cuello.

Durante un par de segundos quizá, todos quedaron contemplando, paralizados de espanto, la cabeza de Fritz Fiedrick, como si no fuesen capaces de comprender de qué se trataba. De pronto, como una loca, Claudine comenzó a gritar, a aullar, a pedir histéricamente que matasen a Pedro, que lo destrozasen, que subiesen a por la muchacha, para hacerla pedazos, para humillarla y hacerla sufrir como nadie había sufrido en la vida…

Pero mientras ella gritaba, los sicarios y los invitados, que se precipitaron al interior del salón, sólo tuvieron tiempo de ver moverse la puerta-ventana del salón que daba al jardín nevado…

—¡Ha salido de la casa! —gritó uno de los invitados—. ¡No debe escapar, sabe demasiado! ¡Matadlo como sea!

Y mientras tanto, Alarcón San Dan había llegado al helicóptero, tiró la katana dentro, se coloco a los mandos, y sacó el puñado de llaves. Por instinto, y no poca inteligencia, supo muy pronto cuál era la del helicóptero; tenía que ser una de aquellas tres que tenían formato parecido, y eran más pequeñas que las otras, que parecían de dependencias de la casa… Pero ¿cuál de las tres? Fue la segunda, y consiguió el contacto cuando los dos primeros sicarios llegaban junto al helicóptero, uno de ellos encaramándose, con un kozuka entre los dientes…

¡Crash!, crujió su frente bajo el tremendo atemi aplicado por Pedro. Las aspas giraban ya cuando el otro sicario se disponía a arrojar el tessen por la abierta portezuela… La katana apareció junto a Pedro, incomprensiblemente. Éste la tomó, a tiempo de detener con su hoja el tessen. El sicario lanzó un rugido de furia, se acercó más… y retrocedió en el acto, con la katana hundida en su garganta…, mientras Pedro se dedicaba sobresaltado a los mandos, y el helicóptero comenzaba a elevarse… Por debajo de ellos, el puñado de mercenarios quedó, mal armado, agitándose. La lucidez de Pedro Alarcón era increíble en aquellos momentos de tensión, de peligro. Del mismo modo que había comprendido que Ulla le había

puesto la katana a su alcance, comprendió que en pocos segundos aquella horda partiría en persecución de ellos dos, utilizando los otros helicópteros.

—Dame la pistola —gritó.

Ulla se la puso en la mano derecha. Pedro maniobró con el helicóptero, hasta colocarse en línea de tiro. Apuntó, disparó y nada ocurrió. Al tercer disparo sí ocurrió: el depósito de combustible de uno de los helicópteros estalló en una bola de fuego… y sólo dos segundos más tarde lo hacía el otro. Conseguido esto, Pedro tiró la pistola abajo y miró a Ulla.

—¡Nos vamos de aquí! —gritó, con feroz alegría.

Notó unos golpecitos que hicieron vibrar el helicóptero, y miró hacia abajo. Veía dos lugares donde brotaban puntos de luz roja, y comprendió que dos hombres le estaban disparando. Pero no conseguirían detenerlo, ya nadie lo conseguiría, nadie… De pronto, algo ocurrió. Por un instante, las aspas dejaron de girar. Luego, volvieron a funcionar, y Pedro respiró aliviado… Unos metros más allá, las aspas volvieron a detenerse. Ya estaba por lo menos a cien metros del chalé, pero algo ocurría… De nuevo funcionaron las aspas, durante otro centenar de metros. Y otra vez fallaron. El helicóptero caía a peso hacia la nieve…, pero una vez más respondieron las aspas.

Doscientos metros más allá, volvieron a fallar, y de nuevo el helicóptero pareció a punto de estrellarse. Pedro Alarcón comprendió que aquellos disparos habían averiado el helicóptero, y que con él jamás conseguiría llegar al lago, a las poblaciones costeras habitadas por gentes pacíficas… Todo lo que podía conseguir sería estrellarse en cualquier ventisquero… ¿Cuánta distancia debía llevarles a los sicarios de Fifi? Calculó que no menos de un kilómetro.

Entonces, decidió no jugar más con el aparato herido de muerte. Aterrizó, saltó a la nieve, se cargó a Ulla en la espalda, a caballo, y comenzó a caminar. Ni siquiera había dado cien pasos cuando su buena suerte quedó patente: el helicóptero estalló y una negra bola de humo, envuelta en tono rojo, ascendió hacia las estrellas.

Un kilómetro atrás, frente al chalé, las personas que todavía estaban allí vieron la llamarada, y comprendieron. Corrieron hacia el interior de la casa, donde Claudine, arrodillada, tenía en las

manos la cabeza de Fifi, que contemplaba atónita…

—¡Han caído! —gritó uno de los sicarios—. ¡El helicóptero ha caído! ¡O se han matado o han quedado a pie en la nieve!

—Podemos cazarlos con los esquíes —saltó uno de los invitados, uno de los honorables socios de Fritz Fiedrick.

—Sí… —murmuró Claudine—. Vamos a ir todos… ¡Todos! ¡Las mujeres también, y cuando lo…!

—La mayoría de nosotros no sabe esquiar —recordó uno de los rufianes, molesto.

—Hay raquetas en el garaje para todos… —dijo Claudine—. ¡Para todos, y eso sí sabemos hacerlo, caminar…! ¡Quiero que todos participemos en la cacería de ese maldito perro! Buscad luces, armas, raquetas… Lo vamos a alcanzar muy pronto… ¡y lamentará haber nacido, por esto que ha hecho con mi Fifi!

Cuatro o cinco minutos más tarde, una extraña jauría salía a la nieve, gritando, alentándose unos a otros. La pieza perseguida era un budoka con una muchacha inválida cargada en su espalda.

CAPÍTULO XIII

—Pedro…, Pedro, descansa…

—No… —jadeó—. Cada segundo puede ser precioso, Ulla…

Sus palabras no podían ser más sensatas. Cada segundo era precioso, y los estaba aprovechando llegando al límite de sus fuerzas, de sus energías. Sabía que en cuanto se detuviese a descansar, ya no podría seguir, se derrumbaría definitivamente. Por eso, no podía detenerse, no debía detenerse, ocurriese lo que ocurriese.

Pero un hombre a pie, por la nieve, no tiene grandes probabilidades de realizar proezas. Cuando menos, es seguro que su desplazamiento será mucho más lento que otros hombres, o aunque sean mujeres, que lleven raquetas para la nieve. Así, primero muy lejano y débilmente, y cada vez más cerca y nítido, Pedro y Ulla comenzaron a oír el rumor de la jauría.

Ella volvió la cabeza, y vio las luces, desplazándose con cierta rapidez.

—Pedro… ¡Pedro, nos están persiguiendo, nos están alcanzando!

Alarcón San Dan se volvió, y vio las luces de las linternas. Se movían a una velocidad que comprendió en el acto era superior a la suya. En seguida fue diferenciando las siluetas de todos los componentes de aquel… safari helado. Las veía desplazarse con cierta soltura, deslizándose por uno de los lados del vallecillo. No tardarían mucho en alcanzarlos, no… Ni siquiera le dejarían llegar al extremo del vallecito… ¿O sí?

Dio la vuelta y continuó la marcha, aumentando la velocidad hasta su límite.

—¡Déjame en la nieve! —gritaba Ulla—. ¡Déjame a mí, y podrás escapar…! ¡Pedro, te lo suplico, déjame…!

El budoka seguía corriendo, como sordo. Cada diez o doce segundos volvía la cabeza. Su frente brillaba de sudor, y el vapor

que brotaba de su boca era más abundante y entrecortado; su jadeo era terrible, las piernas le parecían a él mismo de acero… Pero de acero que podía fallar de un momento a otro… Por fin, se detuvo, se volvió a mirar y un feroz destello pasó por sus ojos. Cuidadosamente, depositó a Ulla sobre la nieve…

—¡Adiós! ¡Adiós, Pedro, mi amor…!

Alarcón San Dan pasó una mano por la mejilla de Ulla Strom y sonrió. Se irguió y se quedó mirando aquellas figuras qué cada vez estaban más cerca, portando luces y armas que brillaban a la luz de las estrellas. ¿Cuántos perros formaban la jauría…? Veinte, o quizá más. Se oían gritos de rabia, la voz de Claudine… Era un alud de odio el que estaba a punto de alcanzar a Pedro Alarcón, que, pese a todo, había conseguido llegar al extremo de aquel vallecillo.

—Pedro, corre… —gimió Ulla—. ¡Por Dios, corre, vete ya!

Miró a la muchacha, y de nuevo sonrió. ¿Correr? Durante treinta y dos años, Pedro Alarcón Salcedo había estado viajando por el mundo, aprendiendo mil cosas, sin dar verdadera importancia a ninguna, desorientado, desconcertado, sin saber qué hacer con su vida… Ahora, lo sabía. Lo sabía perfectamente. Pero si dejaba a Ulla allí, su vida nunca sería verdadera vida, porque habría dejado su amor, y el dolor y la vergüenza no le dejarían vivir en paz… Ahora que la vida se lo ofrecía todo, llegaban otros seres que se lo iban a arrebatar. Seres ambiciosos, criminales, indiferentes a la vida ajena. Seres que no respetaban nada ni a nadie.

¿Esos seres iban a privar a Ulla de la felicidad que él podía proporcionarle?

—Pedro… —lloraba la muchacha—. Pedro, vete, vete…

Alarcón San Dan aspiró profundamente, llenó de aire frío su pecho, hasta el máximo. Luego, tras un instante de concentración toda su potente voz se expandió por las nevadas montañas en un terrible y vibrante kiai que salía de lo más profundo de sus energías vitales:

—¡DAAAAaaaaAAAAAaaaaa…!

Ulla Strom comprendió lo que había hecho Pedro Alarcón cuando comenzó a oír el retumbar de la nieve deslizándose por las laderas del vallecillo a cuyo extremo sur estaban ellos… fuera del alcance del formidable alud que el kiai había provocado, con sus vibraciones, en las capas de nieve mal asentadas todavía.

ÉSTE ES EL FINAL

Y la nieve había caído, arrollándolo todo, llevándose con ella a la jauría, enterrándolos a todos… No se volvería a saber de aquellas personas hasta el verano siguiente, cuando la nieve se deslizase por el vallecillo en forma de frías aguas con rumores de pureza. Entonces, sólo entonces, aparecerían a la luz las víctimas del kiai. O, como había dicho *Sensei* antes de despedirse, víctimas de su maldad y su egoísmo, y nada más que de eso.

¡Qué apacibles días había pasado con el Maestro! Todavía le parecía a Pedro escuchar su voz suave, amable, inalterable… Era como el rumor de aquellas aguas que en primavera correrían por el fondo del valle, y harían brotar florecillas… Era una voz de persona buena, de persona amiga. Era la voz del hombre ya demasiado viejo y demasiado sabio para ser malo. Allá había quedado *Sensei*, en su *ryokan*, en su hermoso jardín lleno de flores y de pájaros. No había habido tristeza en la despedida. No podía haberla, porque ambos sabían que seguirían viéndose o, cuando menos, sintiéndose uno al otro por mucha distancia que los separase…

—Señor… ¡Señor!

—¿Eh? —Se sobresaltó Pedro—. ¿Qué…, qué…?

La azafata, la preciosa azafata que había hecho el vuelo París-Niza en aquella clase de pasajeros, le miraba entre sonriente y desconcertada.

—Ya hemos llegado, señor. Estamos en Niza, hemos aterrizado. Los demás pasajeros están desembarcando, señor.

Pedro Alarcón volvió a la realidad Sonrió a la azafata, se desprendió del cinturón de seguridad y se dirigió hacia la salida del aparato. De nuevo en Niza… El corazón le dio un vuelco cuando pensó en Ulla Strom. Entre unas cosas y otras, hacía casi un mes que no la veía. Así lo habían convenido, así lo había pedido ella… ¿Qué habría ocurrido? ¿Cómo estaba Ulla, qué pensaba, qué

hacía…?

Lo supo mucho más pronto de lo que pensaba. Cuando apareció en la sala de espera la vio. Ella estaba sola, sentada en una de las butacas, mirándole, de perfil con respecto a él. Le miraba, y sólo al ver sus ojos, Alarcón San Dan volvió a notar todo aquel tremendo golpetazo en su pecho. Cuando se detuvo ante ella, toda la vida de Ulla Strom estaba en sus ojos, proyectándose hacia él. Ella sonrió, simplemente, y movió la cabeza. Pedro vio la mejilla, tersa, limpia de cicatrices, fina y delicada, como la otra… El rostro de Ulla Strom, sus ojos, sus labios, eran el sueño que todas las noches acompañaba a Pedro desde hacía un mes. Y el sueño se había convertido en realidad. Pero, realmente, la desaparición de las cicatrices tenía poca importancia. Lo que realmente tenía importancia era que, al someterse a aquella operación que había tenido éxito, Ulla Strom había lanzado al viento su kiai de deseos de vivir…

—Todavía no puedo caminar… —susurró ella—. No me operan hasta dentro de un mes.

—Esperaré hasta entonces para comprarnos los esquíes —susurró él.

—No…, no es seguro que… pueda caminar…

—Desde luego que es seguro… —frunció él ceño Pedro, sonriendo al mismo tiempo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Mi padre me ha traído. Me… está esperando afuera, con el sillón de ruedas. ¿Es verdad que pediste dinero por enamorarme, Pedro?

—No lo pedí. Él me lo ofreció y yo acepté. Yo siempre aceptaré cualquier dinero, con tal de ayudar a *Sensei* con su Kuro Arashi. Naturalmente, con dinero o sin dinero, te amo, Ulla, y de todos modos habría intentado volverte a la vida.

—Lo has conseguido —murmuró ella.

Alarcón San Dan tomó en sus brazos a Ulla Strom, y se dirigió hacia la salida del aeropuerto de Niza, contemplado con curiosidad y simpatía por las personas que se cruzaban con ellos. Ulla Strom le rodeó el cuello con sus brazos, apoyó el rostro en el pecho del budoka, y cerró los ojos.

Definitivamente, estaba emprendiendo el regreso a la vida.

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…